HERALDOS DEL EVANGELIO

Número 227
Junio 2022

Arquetipo del sacerdocio

Gustavo Kralj

Servir a Dios en todas las condiciones de la vida

«Comprende, ¡oh hija mía!, que en esta tierra tendrás solamente un día bueno de cada cien malos, porque debes asemejarte a mi Hijo, Jesús. […] Ante todo, tendrás que esforzarte en hacer su voluntad y en someterle constantemente la tuya en el tipo de vida que Él ha deseado que sigas; en eso reside tu vocación especial.

Es necesario que cada cual pueda convencerse más tarde, al examinar de cerca tu conducta, de que es posible servir a Dios en todos los estados, en todas las condiciones de la vida, sin hacer grandes penitencias exteriormente, con tal que se combata vigorosamente las pasiones y se conforme uno en todo con la santa voluntad de Dios. Recuerda que tiene más mérito renunciar a la propia voluntad y someterse completamente a la de Dios que llevar a cabo las mortificaciones corporales más grandes».

Palabras de la Santísima Virgen
a la Beata Ana María Taigi.

Cuerpo incorrupto de la Beata Ana María Taigi - Basílica de San Crisógono, Roma

HERALDOS DEL EVANGELIO

Revista Heraldos del Evangelio
Año XX, número 227, Junio 2022

Director Responsable:
Mario Luiz Valerio Kühl

Consejo de Redacción:
Severiano Antonio de Oliveira;
Silvia Gabriela Panez;
Marcos Aurelio Chacaliaza C.

Administración:
Calle Balbina Valverde, 23
28002 Madrid
R.N.A., N°. 164.671

Impreso en España

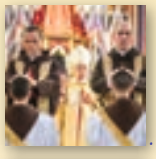
Edita:
Salvadme Reina de Fátima
Dep. Legal: M-40.836- 1999
Tel. sede operativa 902 199 044

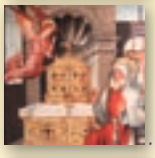
www.salvadmereina.org
correo@salvadmereina.org

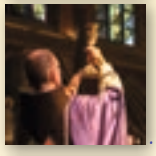
Los artículos de esta revista podrán ser reproducidos, indicando su fuente y enviando una copia a la redacción. El contenido de los artículos es responsabilidad de los respectivos autores.

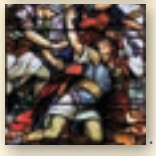
SUMARIO

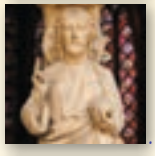
Escriben los lectores 4
Sacerdotes de Cristo y ministros del anticristo (Editorial) 5


La voz de los Papas – Dispensadores de los misterios de Dios 6

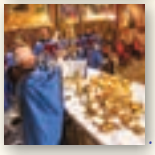

Comentario al Evangelio – La fuerza de la predestinación eterna 8

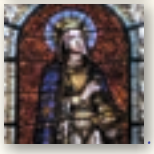

El celibato sacerdotal – El valor de un alma casta 16


La perfecta obediencia – ¿«Domine, ut videam»? 20

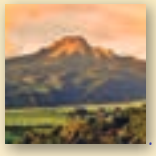

La nobleza de Jesús, ideal de perfección cristiana 22

Lecciones de confianza y de sabiduría 25

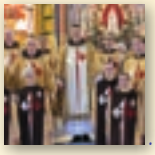

El sacerdote perfecto 28

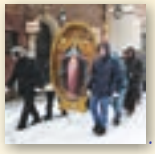

Santa Clotilde – «Vuestra fe es nuestra victoria» 32

«La loca del Sacramento» 36


Un hecho para meditar… 38

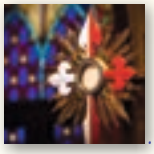
Amor a la autoridad y al sacerdocio 40


Heraldos en el mundo 42


Sucedió en la Iglesia y en el mundo 44

Historia para niños... – El diario de un grano de trigo 46

Los santos de cada día 48


Ostensorios vivos 50

Revista Heraldos del Evangelio en línea

Acceda al contenido de la revista directamente desde su teléfono móvil.

Entre en: **revistacatolica.es**

Escriben los lectores

Ser corajoso en un mundo dominado por el miedo

Hace varios años que recibo la revista *Heraldos del Evangelio* y para mí, cada edición, se ha convertido en una pequeña biblioteca, con temas siempre interesantes y hasta sorprendentes.

Me llamó la atención un artículo de la edición de diciembre de 2021, en el que el Prof. Plinio Corrêa de Oliveira explica el significado del *coraje*, como una virtud del alma para enfrentar grandes batallas. En un mundo dominado por el miedo hasta llegar a anular el sentido común, nos explica cómo ser corajosos, encarando las dificultades con calma, pero con firmeza —y a sabiendas de que no evitaremos los sufrimientos—, pero sobre todo pidiendo el auxilio del Señor, que fue el más corajoso de todos los hombres, pues somos débiles. Gracias por tan magnifico apostolado, que la Virgen les bendiga.

Patrícia Navarro González
Alajuela – Costa Rica

Siempre habrá quien defienda la verdad

Emmanuele Brunatto – Persiguiendo a los perseguidores del Padre Pío: admirable historia. Es desolador saber que miembros de la Santa Iglesia se dejan llevar por sentimientos tan egoístas; sin embargo, siempre habrá quienes lucharán y defenderán la verdad.

Donizete Vieira Coelho
Vía revista.arautos.org

La Hna. Crockett: un ejemplo cercano a nosotros

Sorprendente historia de nuestros tiempos, vital ejemplo para los jóvenes de hoy en día. Una chica que se dejó tocar por la gracia del Espíritu Santo y cambió totalmente de vida. Como catequista, vemos con mis alumnos historias de santos, que a veces se ven muy lejanas o inalcanzables. Pero el ejemplo de vida de la Hna. Clare está tan cerca de nosotros. Los jóvenes buscan la felicidad y la fama lejos de Dios y la Hna. Clare logró felicidad y fama acercándose a Dios. Qué importante modelo de vida para nuestros días. ¡Muchas gracias a los Heraldos del Evangelio por presentarnos a la Hna. Clare!

Andrea de Sánchez
Vía revistacatolica.org

Una perspectiva que el mundo desea ocultar

El *Editorial* de mayo está lleno de sabiduría. Es fenomenal notar con toda emoción cómo, a medida que van pasando los meses, el *Editorial* de la revista *Heraldos del Evangelio* nos coloca en la perspectiva de las cosas que el demonio, el mundo y la carne nos quieren ocultar.

Muchas gracias, queridos heraldos, por ser la suave mano de la Esposa del divino Espíritu Santo para abrir nuestros ojos. Que Dios se lo pague.

Fernando Propatto
Vía revistacatolica.org

Oraciones por los Heraldos en la gruta de Lourdes

Soy un admirador vuestro. En los últimos días hice una peregrinación a Lourdes donde, recorriendo la gruta de Massabielle varias veces, pensé también en vosotros, en la Asociación Virgen de Fátima y los Heraldos del Evangelio, pidiéndole a María que os proteja bajo su manto. En las intenciones de las oraciones por numerosos sacerdotes, también incluí el nombre de todos los sacerdotes de los Heraldos del Evangelio, en particular Mons. João Scognamiglio Clá Dias.

Colaborar con ustedes y conocerlos ha sido una gracia que María me ha dado. Les recuerdo siempre en mis oraciones. ¡Sigan así!

Gianluca Cervetti
Roma – Italia

El «kintsugi» y la restauración de la Iglesia

Me emocioné leyendo acerca del *kintsugi*, en la edición de abril, y aplicarlo a la situación actual de nuestra Santa Madre Iglesia. Por mucho que la «trituren en mil pedazos» —doctrina, tradición, respeto a lo sagrado…—, cuando Dios, por intercesión de su Madre Santísima, aplica el *kintsugi* y restaura su Iglesia, ésta será aún más bella, más luminosa y más santa que antes.

Víctor H. G. Silva
Vía revista.arautos.org

Un medio límpido para una íntima convivencia con Dios

«Perece mi pueblo por falta de conocimiento» (Os 4, 6). Al leer la revista *Heraldos del Evangelio*, el lector siente que no solamente encuentra luz que esclarezca puntos doctrinarios que la frágil mente humana aún insiste en mantenerse en las tinieblas de la ignorancia y del relativismo, sino que en sus páginas halla aquello que constantemente desea el hombre: los medios más límpidos y verdaderos para llegar a la íntima convivencia con Dios.

Laura María
Vía revista.arautos.org

Un gran despertar

La revista *Heraldos del Evangelio* nos trae un gran despertar. ¡Qué dicha tan grande la de poder tener en nuestras manos artículos tan preciosos como *El sueño del rey*, de la edición de enero, para que nuestra familia esté siempre más cerca del Buen Dios y de la Virgen Santísima!

Dailane Santos
Vía revista.arautos.org

Sacerdotes de Cristo y ministros del anticristo

Cristo, arquetipo de sacerdote, elevó el antiguo sacerdocio a un nivel sin precedentes. Como Buen Pastor, pasó la vida haciendo el bien (cf. Hch 10, 38); como Pan de los ángeles, entregó su propia carne en la comunión; como Cordero inmaculado, se ofreció en el altar de la cruz por la humanidad corrompida; como restaurador de los levitas, expulsó a los mercaderes del Templo. Perseguido especialmente por los pontífices, erigió un nuevo orden sacerdotal, según Melquisedec. Su Pasión fue un supremo acto exorcista contra la turba enloquecida; su vida fue la ruina de los inicuos.

«Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo» (Jn 20, 21). Jesús, para perpetuar su obra, envió primeramente a los Apóstoles, aquellos que son, por su propia etimología, los *enviados*. A éstos el Hombre Dios les confirió el sacramento del Orden, para que no sólo siguieran su ejemplo, sino que actuaran en su Persona —*in Persona Christi*. Por lo tanto, fueron ordenados para oponerse a todo lo que es «*anticrístico*».

Existen tres sustantivos que designan, en el vocabulario corriente, a los ministros ordenados: sacerdote, padre y presbítero.

Sacerdote significa el que da las cosas sagradas —*sacra dans*. De hecho, su función es la de «ofrecer dones y sacrificios por los pecados» (Heb 5, 1). Tal sacralización puede ser resumida en el papel mediador entre Dios y los hombres, sea elevando oblaciones al Altísimo, sea recogiendo de Él bendiciones a favor de los fieles.

Por el contrario, los ministros del anticristo sobornan lo profano. Son «falsos mesías», «seudocristos», (cf. Mc 13, 22), simoníacos disfrazados de humildes, que desprecian el decoro de la liturgia y tienen alergia a los sacramentos.

Padre, a su vez, viene del latín *pater*, es decir, *progenitor*, porque engendra a los hijos de Dios a través del Bautismo y los educa en las vías del divino Maestro, además de acoger a otros tantos «hijos pródigos» mediante el sacramento de la Reconciliación.

Por su parte, «el anticristo es el que niega al Padre y al Hijo» (1 Jn 2, 22). Como «hijos del diablo» (cf. Jn 8, 44), sus ministros desprecian a la familia y lo que en ella hay de tradición; como nepotistas, protegen a los suyos, mientras que, con escándalos, alejan a los pequeños del Reino de los Cielos.

Por último, el término griego *presbítero* significa literalmente «*más anciano*», pero no en el sentido cronológico, sino en el de *madurez*. El presbítero ha de ser maduro, esto es, sensato, prudente, juicioso o enérgico. Ha de tender hacia la perfección —a lo «*per-facto*», hacia lo *hecho*, *acabado*—, maduro hasta el final, que no es otra cosa que la santidad, perfección de la caridad.

Los hierofantes de Satanás, por su lado, son eternos adolescentes. Histriónicos, traducen la vida como un juego interminable. Emasculados, huyen del combate como el diablo de la cruz. Trepidantes, viven de impulsos y no de convicciones. Son peores que cobardes, porque no temen lo oscuro, como los niños, sino la luz…

En conclusión, los sacerdotes de Cristo son ministros *ordenados*, no sólo porque pertenecen al *orden* de los clérigos, sino también porque tienden a la restauración del orden sacral, paternal y presbiteral de la sociedad. Por lo tanto, «si la Revolución es el desorden, la Contra-Revolución es la restauración del orden» —como lo definió el Prof. Plinio Corrêa de Oliveira—, los sacerdotes de Cristo son también arquetipos de la Contra-Revolución: son ordenados para ordenar. ✧

Sagrado Corazón Eucarístico de Jesús - Basílica de Nuestra Señora de la Concepción, Madrid

Foto: Eric Salas

Dispensadores de los misterios de Dios

El sacerdote, como suele decirse con mucha razón, es verdaderamente otro Cristo, porque continúa en cierto modo al mismo Jesucristo: «Así como el Padre me envió a mí, así os envío yo a vosotros».

El género humano ha experimentado siempre la necesidad de tener sacerdotes, es decir, hombres que por la misión oficial que se les daba, fuesen medianeros entre Dios y los hombres, y consagrados de lleno a esta mediación, hiciesen de ella la ocupación de toda su vida, como diputados para ofrecer a Dios oraciones y sacrificios públicos en nombre de la sociedad; que también, y en cuanto tal, está obligada a dar a Dios culto público y social, a reconocerlo como su Señor Supremo y primer principio; a dirigirse hacia Él, como a fin último, a darle gracias, y procurar hacérselo propicio. […]

Pero a la espléndida luz de la Revelación divina el sacerdote aparece revestido de una dignidad mayor sin comparación, de la cual es lejano presagio la misteriosa y venerable figura de Melquisedec, sacerdote y rey (cf. Gén 14, 18), que San Pablo evoca refiriéndola a la persona y al sacerdocio del mismo Jesucristo (cf. Heb 5, 10; 6, 20; 7, 1.10-11.15).

El sacerdote, según la magnífica definición que de él da el mismo Pablo, es, sí, un hombre tomado de entre los hombres, pero constituido en bien de los hombres cerca de las cosas de Dios, su misión no tiene por objeto las cosas humanas y transitorias, por altas e importantes que parezcan, sino las cosas divinas y eternas; cosas que por ignorancia pueden ser objeto de desprecio y de burla, y hasta pueden a veces ser combatidas con malicia y furor diabólico, como una triste experiencia lo ha demostrado muchas veces y lo sigue demostrando, pero que ocupan siempre el primer lugar en las aspiraciones individuales y sociales de la humanidad, de esta humanidad que irresistiblemente siente en sí cómo ha sido creada para Dios y que no puede descansar sino en Él.

Sacerdocio antiguo y sacerdocio eterno

En las sagradas escrituras del Antiguo Testamento, al sacerdocio, instituido por disposición divino-positiva promulgada por Moisés bajo la inspiración de Dios, le fueron minuciosamente señalados los deberes, las ocupaciones, los ritos particulares. […]

> *Como ministro de Jesús, el sacerdote es un instrumento en manos del Redentor divino para continuar su obra redentora*

Sin embargo, la majestad y gloria de aquel sacerdocio antiguo no procedía sino de ser una prefiguración del sacerdocio cristiano, del sacerdocio del Testamento Nuevo y eterno, confirmado con la sangre del Redentor del mundo, de Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre.

El Apóstol de las Gentes comprendía en frase lapidaria cuanto se puede decir de la grandeza, dignidad y oficios del sacerdocio cristiano, por estas palabras: «Así nos considere el hombre cual ministros de Cristo y dispensadores de los misterios de Dios» (1 Cor 4, 1).

El sacerdote es ministro de Jesucristo; por lo tanto, instrumento en las manos del Redentor divino para continuar su obra redentora en toda su universalidad mundial y eficacia divina para la construcción de esa obra admirable que transformó el mundo; más aún, el sacerdote, como suele decirse con mucha razón, es verdaderamente otro Cristo, porque continúa en cierto modo al mismo Jesucristo: «Así como el Padre me envió a mí, así os envío yo a vosotros» (Jn 20, 21), prosiguiendo también como Él en dar, conforme al canto angélico, «gloria a Dios en lo

más alto de los cielos y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad» (Lc 2, 14). […]

Carácter y gracia sacerdotal

Tan excelsos poderes conferidos al sacerdote por un sacramento especialmente instituido para esto no son en él transitorios y pasajeros, sino estables y perpetuos, unidos como están a un carácter indeleble, impreso en su alma, por el cual ha sido constituido sacerdote para siempre (cf. Sal 109, 4), a semejanza de aquel de cuyo eterno sacerdocio queda hecho partícipe. Carácter que el sacerdote, aun en medio de los más deplorables desórdenes en que puede caer por la humana fragilidad, no podrá jamás borrar de su alma.

Pero juntamente con este carácter y con estos poderes, el sacerdote, por medio del sacramento del Orden, recibe nueva y especial gracia con derecho a especiales auxilios, con los cuales, si fielmente coopera mediante su acción libre y personal a la acción infinitamente poderosa de la misma gracia, podrá dignamente cumplir todos los arduos deberes del sublime estado a que ha sido llamado, y llevar, sin ser oprimido por ellas, las tremendas responsabilidades inherentes al ministerio sacerdotal, que hicieron temblar aun a los más vigorosos atletas del sacerdocio cristiano, como un San Juan Crisóstomo, un San Ambrosio, un San Gregorio Magno, un San Carlos y tantos otros. […]

Los mismos enemigos de la Iglesia […] demuestran, a su manera, que conocen toda la dignidad e importancia del sacerdocio católico cuando dirigen contra él los primeros y más fuertes golpes, porque saben muy bien cuán íntima es la unión que hay entre la Iglesia y sus sacerdotes. Unos mismos son hoy los más encarnizados enemigos de Dios y los del sacerdocio católico: honroso título que hace a éste más digno de respeto y veneración.

Leandro Souza

Imposición de manos durante una ordenación presbiteral en la basílica de Nuestra Señora del Rosario, Caieiras (Brasil)

> *Por el sacramento del Orden, el sacerdote recibe gracias especiales para cumplir los deberes del estado sublime al que ha sido elevado*

Otros Cristos

Altísima es, pues, Venerables Hermanos, la dignidad del sacerdote, sin que puedan empañar sus resplandores las flaquezas, aunque muy de sentir y llorar, de algunos indignos; como tales flaquezas no deben bastar para que se condenen al olvido los méritos de tantos otros sacerdotes, insignes por virtud y por saber, por celo y aun por el martirio. Tanto más cuanto que la indignidad del sujeto en manera alguna invalida sus actos ministeriales: la indignidad del ministro no toca a la validez de los sacramentos, que reciben su eficacia de la sangre sacratísima de Cristo, independientemente de la santidad del sacerdote; pues aquellos instrumentos de eterna salvación [los sacramentos] causan su efecto, como se dice en lenguaje teológico, *ex opere operato*. […]

Aparte de eso, si a todos los cristianos está dicho: «Sed perfectos como lo es vuestro Padre celestial» (Mt 5, 48), ¡con cuánta mayor razón deben considerar como dirigidas a sí estas palabras del divino Maestro los sacerdotes llamados con especial vocación a seguirle más de cerca!

Por esta razón inculca la Iglesia severamente a todos los clérigos esta su obligación gravísima, insertándola en su código legislativo: «Los clérigos deben llevar interior y exteriormente vida más santa que los seglares y sobresalir entre ellos, para ejemplo, en virtud y buenas obras».[1] Y puesto que el sacerdote es embajador en nombre de Cristo; ha de vivir de modo que pueda con verdad decir con el Apóstol: «Sed imitadores míos como yo lo soy de Cristo» (1 Cor 11, 1); ha de vivir como otro Cristo, que con el resplandor de sus virtudes alumbró y sigue alumbrando al mundo. ✧

Fragmentos de: PÍO XI.
Ad catholici sacerdotii, 20/12/1935.

---

[1] CIC 1917, can. 124.

Evangelio

5 En los días de Herodes, rey de Judea, había un sacerdote de nombre Zacarías, del turno de Abías, casado con una descendiente de Aarón, cuyo nombre era Isabel. 6 Los dos eran justos ante Dios, y caminaban sin falta según los mandamientos y leyes del Señor. 7 No tenían hijos, porque Isabel era estéril, y los dos eran de edad avanzada.

8 Una vez que oficiaba delante de Dios con el grupo de su turno, 9 según la costumbre de los sacerdotes, le tocó en suerte a él entrar en el santuario del Señor a ofrecer el incienso; 10 la muchedumbre del pueblo estaba fuera rezando durante la ofrenda del incienso.

11 Y se le apareció el ángel del Señor, de pie a la derecha del altar del incienso. 12 Al verlo, Zacarías se sobresaltó y quedó sobrecogido de temor. 13 Pero el ángel le dijo: «No temas, Zacarías, porque tu ruego ha sido escuchado: tu mujer Isabel te dará un hijo, y le pondrás por nombre Juan. 14 Te llenarás de alegría y gozo, y muchos se alegrarán de su nacimiento. 15 Pues será grande a los ojos del Señor: no beberá vino ni licor; estará lleno del Espíritu Santo ya en el vientre materno, 16 y convertirá muchos hijos de Israel al Señor, su Dios. 17 Irá delante del Señor, con el espíritu y poder de Elías, para convertir los corazones de los padres hacia los hijos, y a los desobedientes, a la sensatez de los justos, para preparar al Señor un pueblo bien dispuesto» (Lc 1, 5-17).

Gustavo Kralj

Aparición del ángel a Zacarías
Iglesia de San Juan Bautista, Halifax (Canadá)

La fuerza de la predestinación eterna

En los hechos que rodean la milagrosa concepción y el nacimiento del Precursor, vemos la mano de Dios gobernando los acontecimientos, para su mayor gloria.

Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

I – Predestinado desde siempre

Con la celebración de la Misa de la Vigilia, la Santa Iglesia inicia la solemnidad de la Natividad de San Juan Bautista, cuya figura sin igual mereció ser elogiada por los labios del mismo Salvador: «No ha nacido de mujer uno más grande que Juan el Bautista» (Mt 11, 11). Es el único santo —a excepción de la Virgen— que se conmemora dos veces al año: el día de su partida al Cielo, el 29 de agosto, y sobre todo el de su nacimiento; privilegio éste debido al hecho de que, liberado ya de las cadenas del pecado original en el seno materno, vino al mundo adornado por la plena posesión de la gracia santificante.[1] En efecto, fue ideado por Dios, desde toda la eternidad, para ser un varón-pináculo que antecediese al Hombre Dios en «la plenitud del tiempo» (Gál 4, 4).

Dios nos concibió desde siempre

Cada uno de nosotros tiene una noción clara de que ha venido al mundo con el concurso de un padre y una madre, a quienes conocemos y amamos; sin embargo, muchas veces nos olvidamos de que, antes de ser engendrados físicamente por nuestros padres, hemos sido concebidos y conocidos por Dios a partir de un «momento» imposible de ser determinado, puesto que ha sido desde siempre. Nuestra pobre inteligencia ni siquiera es capaz de imaginar cómo es la mente divina, en la que no existe pasado ni futuro, y todo es presente.

Salidos de las manos de Dios, que crea directamente cada alma, nos toca cultivar una relación fortísima con Él, sin la cual no vivimos, porque somos seres contingentes. Si no fuese así, tendríamos las mismas reacciones de un niño abandonado que, aun gozando de algunas alegrías, ignora la felicidad de pertenecer a una familia. Por su parte, lejos de ser como una madre desnaturalizada que se deshace de su hijo, Dios nunca nos desampara y quiere establecer un estrecho contacto con nosotros, como se lee en la Escritura: «¿Puede una madre olvidar al niño que amamanta, no tener compasión del hijo de sus entrañas? Pues, aunque ella se olvidara, yo no te olvidaré» (Is 49, 15).

En el nacimiento de San Juan Bautista, se hace patente su predestinación a una altísima misión, seguida de una intensa protección divina, como lo subrayan las lecturas de las dos misas de esta solemnidad —la de la vigilia y la del día—, que narran el llamamiento del profeta Jeremías y el del profeta Isaías, perfectamente aplicables al Precursor: «Antes de formarte en el vientre, te elegí; antes de que salieras del seno materno, te consagré: te constituí profeta de las naciones» (Jer 1, 5); «El Señor me llamó desde el vientre

San Juan Bautista fue ideado por el Creador para ser un varón-pináculo, que antecedería al Hombre Dios

materno, de las entrañas de mi madre, y pronunció mi nombre» (Is 49, 1).

II – La perspectiva de la fe

En la consideración de los episodios narrados por el Evangelio de esta vigilia observamos una peculiaridad que llama de manera especial nuestra atención: la forma como Dios realiza las obras grandiosas.

Hechos que cambiaron la Historia de la humanidad

En efecto, desde la creación del hombre y su existencia en el paraíso hasta el Juicio final, no ha habido un lance de importancia y trascendencia más grande para la Historia de la humanidad que el que allí se estaba dando. San Juan Bautista, el mayor entre todos los nacidos de mujer, es engendrado en una madre estéril y, además, cuando sus padres ya eran ancianos; detalles que confieren al acontecimiento un carácter completamente prodigioso. El anuncio de su concepción y de su nacimiento ocurren en un ambiente de misterio: Santa Isabel da a luz asistida por María Virgen que, a su vez, estaba ya en el tercer mes de la gestación del Niño Jesús, la segunda Persona de la Santísima Trinidad encarnada.

Aunque bajo las apariencias de la normalidad, la concepción y el nacimiento del Precursor estuvieron rodeados de aspectos místicos y milagrosos

Sin embargo, el Precursor no vino al mundo rodeado de gloria, esplendor y poder —de los cuales ahora goza en la eternidad—, lo que obligaría a todos los que más tarde lo escuchasen a creer en su palabra. Al contrario, cuando inició su misión se presentó vestido con piel de camello, langostas eran su alimento, y mostraba características *sui géneris* que exigían de sus contemporáneos un acto de fe. De este modo, todos esos hechos impresionantes se realizaron dentro de las apariencias de la normalidad, en el transcurso común de la vida, y a pesar de haber sido muy comentados por parientes y vecinos en esa ocasión, no parece que éstos hubieran comprendido a fondo la dimensión sobrenatural que encerraban.

En nuestros días, gracias a la perspectiva y al conocimiento que nos dan dos mil años de Tradición de la Iglesia, podemos discernir con más claridad los aspectos místicos, milagrosos y extraordinarios de los que estaban revestidos. De ellos podemos sacar una preciosa lección, al considerar que, cuando Dios interviene, muchas veces no revela toda la magnitud de los hechos que asistimos para que, saliendo de nuestro estado de prueba aquí en la tierra, no suceda que pasemos a vivir de la constatación, sin necesidad de la fe, llegando a perder los méritos. Y para que el justo viva por la fe (cf. Hab 2, 4), Él permite que atravesemos los valles de la aridez (cf. Sal 83, 7). Consideremos entonces bajo ese punto de vista los versículos que la liturgia ha escogido para la Vigilia de esta Solemnidad.

Dios recompensa la santidad de un matrimonio

[5] En los días de Herodes, rey de Judea, había un sacerdote de nombre Zacarías, del turno de Abías, casado con una descendiente

Reproducción

«Nacimiento e imposición del nombre de San Juan Bautista», por Sano di Pietro
Museo Metropolitano de Arte, Nueva York

de Aarón, cuyo nombre era Isabel. [6] Los dos eran justos ante Dios, y caminaban sin falta según los mandamientos y leyes del Señor.

Tras situar en el tiempo la escena que va a ser narrada, el evangelista describe en pocas palabras los principales atributos de San Zacarías y de su esposa Santa Isabel, entre los que destaca el único que en realidad es esencial, por ser el que permanece para la eternidad: ser justo ante Dios y obedecer fielmente a todos los mandamientos y órdenes del Señor. Por encima de cualquier consideración humana, podemos concluir que la mirada de Dios al posar sobre esos santos esposos los hizo dignos de acoger el gran milagro que Él se proponía realizar, como comenta San Ambrosio: «Una es la mirada de los hombres y otra la mirada de Dios, los hombres ven el rostro, Dios el corazón. […] El mérito perfecto está en ser justo ante Dios».[2]

La humillación pública de la esterilidad

[7] No tenían hijos, porque Isabel era estéril, y los dos eran de edad avanzada.

Semejante a otras figuras célebres del Antiguo Testamento, como Sara (cf. Gén 16, 1), Rebeca (cf. Gén 25, 21), Raquel (cf. Gén 29, 31), la esposa de Manoj (cf. Jue 13, 2) o Ana (cf. 1 Sam 1, 5), Isabel, tanto por su naturaleza como por su avanzada edad, no podía ser madre. Por eso, su condición era de máxima humillación pública (cf. Lc 1, 25), porque en aquella época —tan diferente de nuestros días, donde el hecho de tener muchos hijos significa para algunos padres un desastre—, la prole numerosa era señal de las bendiciones de Dios, y lo contrario era considerado causa de oprobio e indicio de castigo del Cielo.[3] La mujer estéril era vista como un tipo de paria de la sociedad, en muchos casos tratada con desdén (cf. Gén 16, 4; 1 Sam 1, 6-7), lo que aumentaba el sufrimiento del matrimonio. Esta situación contribuyó para realzar aún más la acción de Dios al promover el milagro del nacimiento de San Juan Bautista, que los episodios posteriores confirmarían.

He aquí otro importante punto a ser contemplado en la Liturgia de hoy: aunque estemos ante obstáculos muy claros y patentes, la voluntad de Dios siempre prevalece para realizar sus designios, porque para Él no nada hay imposible (cf. Lc 1, 37).

«Anunciación a San Zacarías», por Pere Mates
Museo de Arte, Gerona (España)

Dios escoge las ceremonias para manifestarse

[8] Una vez que oficiaba delante de Dios con el grupo de su turno, [9] según la costumbre de los sacerdotes, le tocó en suerte a él entrar en el santuario del Señor a ofrecer el incienso; [10] la muchedumbre del pueblo estaba fuera rezando durante la ofrenda del incienso.

Entre los sacerdotes era costumbre hacer un sorteo para dividirse las diversas funciones de culto en el Templo. Todos los días, por la mañana y por la tarde, uno de ellos tenía que entrar en el *Sancta* para ofrecer incienso a Dios en el altar de los perfumes, que estaba frente al *Sancta sanctorum*.[4] Los más fervorosos seguramente experimentarían una ansiedad interior por el deseo de ser elegidos, ya que ése era un momento en el que el ofertante se sentía asistido por gracias y consolaciones especiales. En el caso de Zacarías vemos cómo Dios se sirvió de ese sistema de sorteo para que fuese el agraciado y pudiese ser objeto de la manifestación grandiosa que ocurriría después.

Desde el atrio, separado por la cortina que ocultaba el lugar santo, el pueblo acompañaba con oraciones el ritual, mientras tanto se iba

Cuando Zacarías se preparaba para ofrecer el incienso en el altar de los perfumes, San Gabriel se le apareció para transmitirle el mensaje celestial sobre el niño

formando una bonita nube de humo que escapaba por el velo, y la fragancia del incienso, usado en cantidad generosa, invadía todo el ambiente. Los fieles ya sabían por experiencia cuánto duraba el ceremonial, que no era demasiado tiempo. Sin embargo, en esta ocasión se prolongó más de lo habitual…

[11] Y se le apareció el ángel del Señor, de pie a la derecha del altar del incienso.

En lugar de comunicarse mediante un sueño o de aparecérsele en su casa o en otro sitio, el ángel San Gabriel fue enviado a Zacarías para transmitirle el mensaje celestial en el exacto momento en el que, glorificando a Dios, iba a renovar las brasas y los aromas sobre el ara. De esta forma, mostraba el valor que debemos darle al altar del Señor, al servicio del cual estaba Zacarías, y cómo una ceremonia litúrgica es agradable a Dios. El ángel se puso a la derecha para dar aún más destaque e importancia a ese acontecimiento, porque si se apareciese a la izquierda sería menos noble y digno, y de frente le daría la espalda al altar.

Al ver al ángel, se sobresaltó, pues había entibiado en el ejercicio de sus funciones sacerdotales y descuidado la contemplación sobrenatural

En este punto también trasparece el premio reservado por Dios a los que se acercan a Él, recogiéndose y aislándose en su presencia, en cualquier sitio apropiado, como una capilla o a solas en su habitación (cf. Mt 6, 6), con el objeto de alabarlo. Todas las veces que tengamos una necesidad no debemos buscar la solución en el esfuerzo humano, sino en la oración. Dios sabrá entrar en contacto con nosotros y hablar de alguna manera en nuestro interior, por medio de consolaciones o incluso a través de fenómenos místicos y extraordinarios.

Zacarías ante el arcángel San Gabriel (detalle)
Palacio Doretheum, Viena

Un temor fruto del relajamiento

[12] Al verlo, Zacarías se sobresaltó y quedó sobrecogido de temor.

La repentina aparición de un ángel causa pavor en el Antiguo Testamento, porque según la creencia común era algo tan grandioso que anunciaba la muerte inmediata del que la presenciaba (cf. Jue 6, 22-23; 13, 21-22), conforme lo hemos comentado en un artículo anterior. No obstante, la perturbación y el temor en Zacarías demuestran que estaba algo entibiado en el desempeño de sus funciones sacerdotales, y quizá hubiese disminuido el «fervor de novicio» propio de los principiantes en el servicio del Señor. Si hubiera estado en el auge del entusiasmo, eso no ocurriría; al contrario, la visión le habría causado una gran alegría. El hombre tiene miedo de un ángel cuando descuida la contemplación de lo sobrenatural y se dedica a la consideración concreta de los acontecimientos.

Al ser de la estirpe sacerdotal, Zacarías estaba preparado para desempeñar ese ceremonial y, ciertamente, las primeras veces que entró para realizarlo sentiría la tremenda responsabilidad de ser un mediador entre Dios y el pueblo. Sin embargo, poco a poco, arrastrado por la gran tentación que en muchas ocasiones asalta a los que están encargados del ministerio sagrado, se acostumbró a la rutina y, como se conocía de memoria todos los pormenores del rito, cumplía su encargo con una atención secundaria, perdiendo la compenetración de la grandeza del acto que realizaba. Tal vez estuviera preocupándose con los pequeños problemas de la vida diaria de su tiempo, llevándolo quizá a acelerar el ceremonial, con el deseo de acabar cuanto antes… Su reacción al anuncio del ángel, narrada en los versículos siguientes al pasaje seleccionado para esta vigilia, muestra la falta de fe de Zacarías ante el panorama desvelado por San Gabriel (cf. Lc 1, 18), y confirma la posibilidad de su estado de tibieza.

Vivimos en permanente contacto con el mundo invisible

El ejemplo de Zacarías nos abre los ojos a una realidad que, con frecuencia, está ausente en nuestros pensamientos: acostumbrados a vivir dentro de los estrechos parámetros humanos, nos olvidamos fácilmente de que Dios no ha creado un universo cerrado, de modo que constituyamos un mundo aparte con relación al mundo invisible compuesto por las criaturas espirituales. Es todo lo contrario. Estamos ininterrumpidamente rodeados por ángeles buenos y malos, los cuales forman una única sociedad con los hombres. La doctrina católica nos enseña que los ángeles son numerosísimos, al punto de que Santo Tomás,[5] recogiendo la opinión de muchos Padres de la Iglesia, aplica la parábola evangélica de la oveja que se pierde mientras las otras noventa y nueve permanecen en el campo (cf. Mt 18, 12; Lc 15, 4-7), a la proporción existente entre ángeles y hombres. Por lo tanto, cada ser humano correspondería a noventa y nueve ángeles, lo que significa un número incontable para nuestra mente tan limitada.

Ahora bien, tanto los ángeles, con sus buenas inspiraciones, como los mismos demonios, a través de las tentaciones, ejercen un papel dentro del estado de prueba en el que nacemos, porque en esta vida estamos de paso, para ser examinados y alcanzar la gloria de la visión beatífica. Por ello, debemos tener cuidado de no actuar como si nuestra existencia transcurriese en un plano meramente natural, sino de mantener la mirada puesta en los horizontes de la fe, con la plena convicción de que a todo momento nos encontramos bajo la influencia de los ángeles o de los demonios.

Preparados de esta manera, cuando algún hecho sobrenatural ocurre en nuestra vida, lo tomaremos con la misma naturalidad con la que María Santísima recibió la visita de San Gabriel (cf. Lc 1, 26-38). No tuvo miedo de la aparición angélica y sólo temió que su humildad fuera alcanzada si aceptaba el elogio del arcángel: «Alégrate, llena de gracia» (Lc 1, 28); por eso el Evangelio nos dice que «Ella se turbó grandemente ante estas palabras y se preguntaba qué saludo era aquel» (Lc 1, 29).

Dios manifiesta su bondad

[13] Pero el ángel le dijo: «No temas, Zacarías, porque tu ruego ha sido escuchado: tu mujer Isabel te dará un hijo, y le pondrás por nombre Juan».

Detalle de «La Anunciación», por Fra Angélico
Museo Diocesano, Cortona (Italia)

El «no temas» dirigido a Zacarías tiene un sentido muy distinto del que más tarde le sería dicho a la Virgen (cf. Lc 1, 30). A él, aunque su estado de alma no fuese el más perfecto, como hemos visto, el ángel lo trató con extraordinaria bondad, con la finalidad de transmitirle una gracia de Dios que lo dejase enteramente tranquilo y sereno. A continuación, le indicó que no había motivos para tener recelo, porque su presencia se debía a que había sido enviado para comunicarle una gran alegría: Dios había escuchado sus súplicas.

Sin duda, Zacarías, como le correspondía dentro de su función sacerdotal, cada vez que era elegido para incensar el altar de los perfumes o para ofrecer algún sacrificio, oraba intercediendo por el pueblo y, según algunos autores,[6] en ese momento en el que el ángel se le aparece, rogaba de modo especial por la venida del Mesías. Sin embargo, otros como Maldonado,[7] interpretan que le imploraba a Dios, además, que tuviera pena de él y de su esposa, para que Isabel pudiese tener un hijo y ambos se vieran libres de la humillación.

¿Cuál era el grado de fervor con el que pedía Zacarías en el instante en que fue escuchado? Nos podemos preguntar si Dios atiende ha-

María, al contrario, tomó con naturalidad la visita angélica, porque tenía su mirada dirigida hacia los horizontes de la fe

bitualmente las oraciones en el momento en que el ardor alcanza su máximo o cuando disminuye. A veces ocurre que al enfriarse nuestra devoción Él viene en nuestro auxilio para que no perdamos todos los méritos y para demostrar que no se olvida de nosotros. No obstante, debemos ser eximiamente fieles en nuestra vida de oración, manteniendo el entusiasmo encendido y rezando con constancia.

De este pasaje del Evangelio podemos inferir cómo Dios se complace en elegir a los débiles para realizar obras extraordinarias y dejar claro quién está actuando. En el caso de San Juan Bautista, la Providencia permitió que sus padres se encontrasen en una situación de aflicción para que, tras pedirle con insistencia, Dios manifestara su poder y revistiese el nacimiento del niño de un carácter místico, profético y grandioso, y reconociese que él era fruto de una acción divina y no de las leyes naturales. Si Isabel hubiera sido madre de muchos hijos podría no haber marcado la Historia, haciendo parte del Evangelio.

San Gabriel le anunció a Zacarías la especial vocación y santidad del niño que nacería, esbozando los rasgos proféticos del Precursor

Antonio Lutiane

San Juan Bautista niño - Iglesia de San Juan Bautista, Figueiró dos Vinhos (Portugal)

También para nosotros lo ideal es ponernos en las manos de Dios, en una posición de contingencia y de entera confianza, pues la solución a todos los problemas, sobre todo los que parecen insolubles, no vendrá de nuestros esfuerzos, sino de la intervención de la Providencia.

Un niño grande a los ojos del Señor

> [14] «Te llenarás de alegría y gozo, y muchos se alegrarán de su nacimiento. [15] Pues será grande a los ojos del Señor: no beberá vino ni licor; estará lleno del Espíritu Santo ya en el vientre materno, [16] y convertirá muchos hijos de Israel al Señor, su Dios. [17] Irá delante del Señor, con el espíritu y poder de Elías, para convertir los corazones de los padres hacia los hijos, y a los desobedientes, a la sensatez de los justos, para preparar al Señor un pueblo bien dispuesto».

La simple noticia del nacimiento de un hijo varón ya infundió enorme alegría en el matrimonio. Sin embargo, ese hijo estaba llamado a los designios más altos. Las palabras del ángel, que anunciaban la especialísima vocación y santidad de vida del niño, contenían un esbozo de los rasgos proféticos del Precursor, pues reconduciría a muchos israelitas hacia el Señor. Entre sus grandiosas características, estaba la de poseer «el espíritu y poder de Elías». Es decir, a Juan el Bautista le sería dada la misma proporción de gracias, de espíritu y de mentalidad del Profeta por excelencia, confiriéndole la fuerza para caminar al frente del pueblo. «Ambos, en efecto, (Elías y Juan)» —comenta San Beda— «vivieron célibes; ambos vistieron rudamente; ambos pasaron su vida en soledad; ambos fueron heraldos de la verdad; ambos padecieron persecución del rey y de la reina por defender la justicia: aquél, de Ajab y Jeza-

[1] Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. III, q. 27, a. 6.

[2] SAN AMBROSIO. Tratado sobre el Evangelio de San Lucas. L. I, n.º 18. In: *Obras*. Madrid: BAC, 1966, v. I, pp. 62-63.

[3] Cf. TUYA, OP, Manuel de; SALGUERO, OP, José. *Introducción a la Biblia*. Madrid: BAC, 1967, v. II, p. 318; RENIÉ, SM, Jules-Edouard. *Manuel d'Écriture Sainte. Les Évangiles*. 4.ª ed. Paris: Emmanuel Vitte, 1948, v. IV, p. 258.

[4] Cf. LAGRANGE, OP, Marie-Joseph. *Évangile selon Saint Luc*. 4.ª ed. Paris: J. Gabalda, 1927, pp. 12-13; RENIÉ, op. cit., pp. 227-228; 258.

bel; éste, de Herodes y Herodías; aquél, para no morir a manos de los impíos fue arrebatado al Cielo en un carro de fuego; éste, para no ser vencido por los impíos en el combate del espíritu fue llamado al perfecto martirio por el Reino de los Cielos».[8]

Cabe preguntarse por qué San Juan Bautista convertiría el corazón de los padres hacia los hijos y no de los hijos hacia los padres. Con la intención de crear las condiciones favorables para la aceptación de la llegada del Mesías, el Precursor predicaría su venida en una perspectiva muy diferente de la que hasta entonces era considerada por el pueblo elegido: una doctrina nueva, dotada de potencia (cf. Mc 1, 27), dentro de la cual nacerían las nuevas generaciones y, bajo el influjo del Espíritu Santo, serían transformadas interiormente. Los padres también podrían recibir esa influencia de la gracia, si abandonaban los viejos conceptos errados y asimilaban los nuevos. Por eso tendrían que convertir sus corazones con relación a los hijos.

Reproducción

San Juan Bautista y San Elías, por Andrea di Bonaiuto
Basílica de Santa María del Carmen, Florencia (Italia)

III – La «estirpe eliática»

El hecho de que el niño anduviera al frente del pueblo «con el espíritu y poder de Elías» muestra claramente la constitución de una estirpe que vincula al Profeta por excelencia con el Precursor del Mesías, y los une en una misión análoga. Esa «estirpe eliática», que tiene origen en el modo de ser, en la paciencia, en la humildad y en el celo por la causa de Dios, que caracterizaban a Elías, bien podemos afirmar que se extiende a través de los varones providenciales, de los que, como Juan el Bautista, desempeñan un papel histórico «con el espíritu y poder de Elías», y cruzan los tiempos iluminando las luchas de la Iglesia a lo largo de los siglos. Esos profetas son elegidos y formados por la voluntad divina para marcar los cielos de la Historia, de forma que la santidad, discernimiento, fuerza, definición, decisión, ímpetu, impacto y otros dones que adornan sus almas son privilegios concedidos por Dios, porque Él lo quiere, en su constante deseo de comunicarse con los hombres.

En la convulsionada época en que vivimos, similar a una noche profunda, debemos pedir la gracia de que ese espíritu de Elías vuelva a brillar sobre el mundo y, al igual que San Juan Bautista anunció la llegada del Salvador, sea para nosotros proclamado el triunfo de María y la fundación de una nueva y maravillosa era histórica. ✧

La misma proporción de gracias y espíritu de Elías serían dados a Juan el Bautista, constituyendo una «estirpe eliática» que iluminaría las luchas de la Iglesia a lo largo de los siglos

---

[5] Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, op. cit., I, q. 50, a. 3. *Super Matthæum*. C. XVIII, lect. 2; *Catena Aurea. In Lucam*, c. XV, vv. 1-7.

[6] Cf. RENIÉ, op. cit., pp. 258-259; LAGRANGE, op. cit., p. 15, nota 13.

[7] Cf. MALDONADO, SJ, Juan de. *Comentarios a los Cuatro Evangelios. Evangelios de San Marcos y San Lucas*. Madrid: BAC, 1951, v. II, pp. 269-271.

[8] SAN BEDA. *Homilías sobre los Evangelios*, 2, 23, apud ODEN, Thomas C.; JUST, Arthur A. *La Biblia comentada por los Padres de la Iglesia. Evangelio según San Lucas*. Madrid: Ciudad Nueva, 2000, v. III, p. 50.

Stephen Nami

El valor de un alma casta

Aquellos que abrazan el camino del sacerdocio contraen con la Iglesia un sublime matrimonio. Como Esposa de Cristo, quiere ser amada por el sacerdote de modo total y exclusivo con el que es amada por Jesús.

Víctor Hugo Morais

Entre los temas actualmente en boga destaca el celibato sacerdotal. Como en el Nuevo Testamento no se puede encontrar ningún mandato explícito al respecto, entonces estallan las controversias, las opiniones divergen y el celibato comienza a dividir las aguas en el campo eclesiástico. En la Iglesia latina, los sacerdotes tienen prohibido casarse, pero ¿esto podría cambiar alguna vez?

Hay quien piensa que el problema tiene fácil solución: si el divino Maestro no dio ninguna orden acerca del asunto, en principio bastaría con que un Papa decidiera suprimir dicha norma. En ese caso, no obstante, ¿qué valor se le daría al ejemplo arquetípico de castidad perfecta que el mismo Cristo, Sumo Sacerdote, nos ofreció? Además, la praxis mantenida en Occidente durante siglos no puede ser gratuita. ¿En qué se basa? ¿Cuándo se originó?

Se percibe que la relación matrimonio-sacerdote no es un tema que tenga una explicación rápida, como algunos, para simplificar la realización de sus aspiraciones, lo desearían. Para esclarecer un poco la disputa, se vuelve necesario hacer un análisis no sólo de las Escrituras, sino también de la Tradición.

Sin embargo, ya que toda construcción, incluso la intelectual, empieza por los cimientos, antes habría que entender la idea misma del celibato.

Continencia perfecta y celibato

Desde los primeros siglos de la Iglesia hasta nuestros días, el concepto de *continencia* es fundamental para designar con claridad la obligación del ministro sagrado. En su etimología latina, significa la facultad de contenerse, de ser dueño de sus inclinaciones carnales y de dominarse a sí mismo, reafirmando la primacía de la ley del espíritu sobre la de la carne.

Esa es la palabra que usó el Concilio Vaticano II al tratar sobre el celibato en el decreto *Presbyterorum ordinis*: «Continencia *perfecta* y *perpetua* por amor al Reino de los Cielos, recomendada por Nuestro Señor».[1]

Con todo, cabe señalar que la obligación de la continencia perfecta —a la que están vinculados los presbíteros— es aún más profunda que el propio celibato, pues implica la abstención de cualquier acto, *interno* o *externo*, contra el sexto y noveno mandamientos del Decálogo.[2] Esto quiere decir que mientras la ley del celibato se limita a un impedimento exterior, la continencia consiste en asumir libremente un compromiso de practicar los votos también en el foro interior, de ser continente no sólo a los ojos de los hombres, sino sobre todo a los ojos de Dios.[3]

Una mirada retrospectiva del celibato

Uno de los aspectos que más admiración despierta de las enseñanzas de la Iglesia es su continuidad histórica, fenómeno que revela una importante verdad: pese a las vicisitudes inherentes a la condición del hombre en esta tierra después del pecado original, quien guía al pueblo de Dios es el propio Espíritu Santo. Por consiguiente, la comprensión del celibato sacerdotal adoptada por el Concilio Vaticano II no tiene nada de contradictorio

con lo que ha sido enseñado por el magisterio a lo largo de los siglos.

En sus «primeros pasos», el Cuerpo Místico de Cristo encontró sin duda escollos para establecer esta nueva forma de vida, porque la mayoría de los candidatos a la vida sacerdotal estaba compuesta, en aquellos tiempos, por varones casados. ¿Qué hacer entonces?

Como excelente madre y fidelísima esposa, la Iglesia supo estimular con dulzura y custodiar con firmeza esta dádiva de Cristo, sacerdote y virgen, conforme leemos en un documento de principios del siglo IV, redactado en el Concilio de Elvira, en la actual España:

«Plugo prohibir totalmente a los obispos, presbíteros y diáconos o a todos los clérigos puestos en ministerio, que se abstengan de sus cónyuges y no engendren hijos; y quienquiera lo hiciere, sea apartado del honor de la clerecía».[4]

Aunque este canon —la legislación más antigua que nos ha llegado sobre el asunto— no marca el comienzo de la historia del celibato: más bien consistió en un remedio contra la decadencia. Como leemos en una encíclica de Pío XI,[5] todo indica que, en aquella época, el celibato era ya una obligación tradicional notoria. El sínodo, de hecho, no hizo más que recordarlo y añadir una sanción para quienes no cumplieran.

Luego, ¿dónde se origina tal praxis?

Según cierta opinión teológica bastante seria,[6] una declaración formulada por el Segundo Concilio Africano, del año 390, y después repetida por el importante Concilio de Cartago del 419 —el cual contó con la presencia de doscientos cuarenta obispos, entre ellos San Agustín—, quizá arroje luz sobre la cuestión. En efecto, en ella leemos: «Conviene que los sagrados obispos y sacerdotes de Dios, así como los levitas, es decir, los que están al servicio de los divinos sacramentos, observen una continencia completa, para que puedan obtener fácilmente lo que le piden al Señor; *para que también guardemos nosotros lo que los Apóstoles enseñaron y lo que la antigüedad misma ha mantenido*».[7]

Afirmación osada. Si creemos en las palabras del concilio —a las cuales asintieron el legado pontificio y los demás prelados que lo componían— hemos de admitir que la ley del celibato encuentra su origen en la predicación de los Apóstoles, o sea, en aquel cuerpo de enseñanzas que forman parte de la divina Revelación, la cual no puede ser alterada ni siquiera por el Soberano Pontífice.[8]

> *Si creemos en las palabras del Concilio de Cartago, hemos de admitir que la ley del celibato tiene su origen en la predicación apostólica*

El sacerdote y su misión

Conocidos los posibles orígenes históricos del celibato eclesiástico, pasemos ahora a considerar sus razones teológicas. ¿Por qué es necesario que el ministro del altar sea continente?

En realidad, la propia misión sacerdotal lo conduce a ello. Como lo atestiguan las palabras del Concilio Vaticano II mencionadas anteriormente, el sacerdote abraza este estado —oneroso desde el punto de vista humano— «por amor al Reino de los Cielos».

De hecho, muchas son las preocupaciones que tiene el hombre casado. Al sacerdote, no obstante, solamente se le pide una, que no comporta divisiones: amar el Reino de Dios, esto es, dejarse consumir por el celo apostólico que inflama a los servidores de Jesús, salvar a las almas y unir el Cielo a la tierra como mediador entre el Creador y la humanidad.

El sacerdote, como Cristo, vive para presentarle al Padre las peticiones de perdón y las súplicas del pueblo. Y no podría haber nada más conforme a la sabiduría divina que elegir por intercesor, de entre los seres humanos, a alguien que padece las mismas necesi-

Gustavo Kralj

San Agustín en el Concilio de Cartago - Convento de San Agustín, Quito. En la página anterior, misa en la basílica de Nuestra Señora del Rosario, Caieiras (Brasil)

dades de la naturaleza debilitada por el pecado original y que, precisamente por eso, comprende perfectamente la flaqueza ajena, pues él mismo se siente débil.

De la santidad del presbítero depende la de la humanidad

Aunque igualmente cierto es el verso del poeta portugués Camões: «Un rey débil debilita a los fuertes».[9] Para santificar al pueblo y ser agradable a Dios en sus oraciones y sacrificios, el sacerdote no puede ser causa de comentarios que desdoren la imagen de la persona de Cristo, en la cual él actúa, dejándose apegar por los malos hábitos que escandalizan a los pequeñuelos (cf. Mc 9, 24).

Debe mostrarse «como un modelo de buena conducta», «íntegro y grave en la enseñanza», «irreprochable en la sana doctrina, a fin de que los adversarios sientan vergüenza al no poder decir nada malo» de él. (cf. Tit 2, 7-8). A fin de cuentas, representa a Nuestro Señor ante los hombres: «Actuamos como enviados de Cristo, y es como si Dios mismo exhortara por medio de nosotros» (2 Cor 5, 20). De esta forma, el clérigo fervoroso huye de la medianía y busca ser respetado por los suyos, permitiendo así que su actuación tenga más influencia junto a los fieles.

Al sacerdote, eslabón entre el Cielo y la tierra, se le pide un amor indiviso por el Reino de Dios; de su integridad depende la santidad de los fieles

Una condición indispensable para todo lo que significa ese «amor al Reino de los Cielos» es vivir en continencia perfecta e inexpugnable, como Cristo, que «permaneció toda la vida en el estado de virginidad».[10] De modo que la integridad de los presbíteros debe ser un arma contra las malas lenguas, porque de su santidad depende la de toda la humanidad.

«Una cosa noble»

Efectivamente, pocos hombres son llamados por Dios a configurarse con su Hijo en el sacerdocio. Este grupo de élite no puede llevar una existencia melancólica o ensimismada, sino que debe mirar hacia la grandeza de su misión y la dignidad que de ella emana. Sólo así estarán suficientemente compenetrados de que su alma debe ser más pura que los rayos del sol, para que el Espíritu San-

Miriam Giseli Garcia

João Paulo Rodrigues

João Paulo Rodrigues

De izquierda a derecha: Visita a un hospital geriátrico de São Paulo; Primera Comunión en la capilla de Santa Inés, Caieiras (Brasil); y Bautismo en la basílica de Nuestra Señora del Rosario, Caieiras

[1] CONCILIO VATICANO II. *Presbyterorum ordinis*, n.º 16: AAS 58 (1966), 1015.

[2] Cf. HORTAL, SJ, Jesús. «Comentário ao cânon 277». In: CÓDIGO DE DERECHO CANÔNICO. (12.ª edición revisada y ampliada con la legislación complementaria de la CNBB). 20.ª ed. São Paulo: Loyola, 2011, p. 151.

[3] Aclarados los conceptos, en adelante utilizaremos el *celibato* como sinónimo de *continencia*, ya que ambos son inseparables en la vida del sacerdote.

[4] CONCILIO DE ELVIRA, can. 33: DH 118-119.

[5] «La ley del celibato eclesiástico, cuyo primer rastro consignado por escrito, lo cual supone evidentemente su práctica ya más antigua, se encuentra en un canon del Concilio de Elvira a principios del siglo IV, viva aún la persecución, en realidad no hace sino dar fuerza de obligación a una cierta y casi diríamos moral exigencia, que brota de las fuentes del Evangelio y de la predicación apostólica» (PÍO XI. *Ad catholici sacerdotii*: AAS 28 [1936], 25).

[6] Para más detalles, recomendamos la sólidamente argumentada obra: STICKLER, Alfons Maria. *Il celibato ecclesiastico. La sua storia e i suoi fondamenti teologici*. Napoli: Chirico, 2010, pp. 36-42.

to nunca los abandone, como afirma San Juan Crisóstomo.[11]

Y con inmensa amistad el Paráclito les dice por boca del Apóstol: «Quiero que os ahorréis preocupaciones: el soltero se preocupa de los asuntos del Señor, buscando contentar al Señor; en cambio, el casado se preocupa de los asuntos del mundo, buscando contentar a su mujer […]. Os digo todo esto para vuestro bien; no para poneros una trampa, sino para induciros a una cosa noble y al trato con el Señor sin preocupaciones» (1 Cor 7, 32-33.35).

Pero ¿este compromiso no constituirá un peso insoportable? El sacerdote se configura con Cristo, pero no deja de ser hombre, con sus legítimas tendencias… Eso pensarán seguramente algunos que no entienden cómo Dios puede dar un consejo y la Iglesia imponer una regla que contradice las inclinaciones naturales del ser humano. Ignoran, sin duda, que aquel mismo que le coloca la carga, lo sustenta con su brazo, enviándole gracias a su elegido. O tal vez se acostumbraron a contar exclusivamente con las meras fuerzas de la naturaleza.

Lejos de buscar un quimérico término medio por el cual logre satisfacer las solicitaciones de la carne y los anhelos del espíritu, el ministro sagrado debe procurar apoyo en el propio ideal mismo al que dedica su vida, como lo expresó Pablo VI: «El que ha escogido ser todo de Cristo hallará ante todo en la intimidad con Él y en su gracia la fuerza de espíritu necesaria para disipar la melancolía y para vencer los desalientos; no le faltará la protección de la Virgen, Madre de Jesús, los maternales cuidados de la Iglesia a cuyo servicio se ha consagrado».[12]

La Virgen y San Juan Evangelista al pie de la cruz, detalle de «La crucifixión», por Fra Angélico - Museo de San Marcos, Florencia (Italia)

Jesucristo confía al sacerdote su Esposa Santísima, la Iglesia, como le confió a su Madre Inmaculada el apóstol virgen

Un sublime matrimonio

Superlativamente feliz es el sacerdote que puede decir, al terminar el decurso de su existencia terrena: «Vivo, pero no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí» (Gál 2, 20). A ese fin glorioso se ha encaminado y se encamina el magisterio de la Iglesia, cuando dicta normas y reglas indicando la práctica de la continencia a los sacerdotes.

En este sentido, es muy elocuente la exhortación apostólica *Pastores dabo vobis*, de Juan Pablo II, en la cual resalta el vínculo ontológico específico que liga al sacerdote a Cristo: «El presbítero encuentra la plena verdad de su identidad en ser una derivación, una participación específica y una continuación del mismo Cristo, sumo y eterno sacerdote de la nueva y eterna Alianza: es una imagen viva y transparente de Cristo sacerdote. […] La referencia a Cristo es, pues, la clave absolutamente necesaria para la comprensión de las realidades sacerdotales».[13]

La ley eclesiástica del celibato encuentra su fundamento último en la ordenación sagrada, que configura al sacerdote con Nuestro Señor, Cabeza de la Iglesia. Ésta, «como Esposa de Jesucristo, desea ser amada por el sacerdote de modo total y exclusivo como Jesucristo la ha amado».[14]

Por tanto, el Señor Jesús confía a los varones castos su Esposa Santísima, como confió al apóstol virgen su Madre Inmaculada. Desea de los sacerdotes una fidelidad conyugal intachable, en la que no haya divisiones en la práctica de la caridad: «Encontré al amor de mi alma. Lo abracé y no lo solté» (Cant 3, 4). He aquí lo que les dice la Iglesia a quienes abrazan el camino del sacerdocio y contraen con ella un sublime matrimonio. ✧

---

[7] CONCILIO DE CARTAGO. *De continentia*, 3: CCSL 259, 117-118.

[8] En cuanto a la disciplina en las Iglesias orientales, donde los diáconos y los sacerdotes pueden seguir utilizando el matrimonio después de la ordenación, siempre que cumplan con ciertos requisitos, Stickler explica que fue establecida en el Segundo Concilio Trullano, no ecuménico. Según el autor, se hicieron modificaciones en el texto auténtico de los citados cánones de Cartago, a través de las cuales se pudo introducir la praxis divergente. Aún en sus palabras, aunque Roma nunca diera su aprobación a tales determinaciones, respetó noblemente el cambio en la antigua regla de la continencia (cf. STICKLER, op. cit., pp. 97; 110).

[9] CAMÕES, Luis Vaz de. «Os Lusíadas». Canto III, 138. In: *Obras completas*. Porto: Imprensa Portuguesa, 1874, t. III, p. 129.

[10] SAN PABLO VI. *Sacerdotalis cœlibatus*, n.º 21: AAS 59 (1967), 665.

[11] Cf. SAN JUAN CRISÓSTOMO. *Sur le sacerdoce*, VI, 2: SC 272, 307.

[12] SAN PABLO VI, op. cit., n.º 59, 680-681.

[13] SAN JUAN PABLO II. *Pastores dabo vobis*, n.º 12: AAS 84 (1992), 676-677.

[14] Ídem, n.º 29, 704.

¿«Domine, ut videam»?

Cuando San Pablo fue herido por la luz del cielo y se convirtió, no pidió que le fuera restituida la vista. Antes bien, obedeció ciegamente a los designios divinos, respondiendo: «Señor, ¿qué quieres que haga?».

José Andrés Asencio Díaz

François Boulay

«¿Qué quieres que haga?». He aquí el signo de la perfecta conversión de un alma

La conversión de San Pablo - Iglesia de San Patricio, Nueva Orleans (EE. UU.)

«Saulo, respirando todavía amenazas de muerte contra los discípulos del Señor, se presentó al sumo sacerdote y le pidió cartas para las sinagogas de Damasco, autorizándolo a traerse encadenados a Jerusalén a los que descubriese que pertenecían al *Camino* [escuela o doctrina de Jesús], hombres y mujeres» (Hch 9, 1-2).

Según la narración de San Lucas, Saulo emprende un viaje, dejando atrás la Ciudad Santa, Jerusalén, lugar donde en otro tiempo había presenciado la muerte de San Esteban. El perseguidor se apresura a llegar a su destino, a cumplir sus objetivos, en fin, a saciar la sed de destrucción que lo abrasa y le invade su alma, como el aire invade los pulmones. Ni el sol abrasador, que provocaba altas temperaturas durante el día, ni las frías noches, ni los traicioneros peligros del camino, le hacen desistir de sus propósitos.

Bien poco sabía él que alguien, en la estrada hacia Damasco, lo esperaba…

Una luz resplandeciente se interpone en su camino

Hallándose ya cerca de su destino, las tinieblas de su corazón se ven disipadas por una extraordinaria luz venida del cielo, que le hace caer de bruces. Sin dar margen a ninguna resistencia, ese destello pone al verdugo cara a cara con el Crucificado.

Por primera vez en la Historia, la Víctima es la que da el golpe de misericordia: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?». «¿Quién eres, Señor?», titubea. La voz se identifica: «Soy Jesús, a quien tú persigues». Su espíritu es invadido por una profunda confusión. Mientras su entendimiento se silencia, su corazón se abre y he aquí que Saulo, derrotado por la voz de la gracia, «temblando y despavorido», reúne fuerzas para indagar: «Señor, ¿qué quieres que haga?». «Levántate», le dice Jesús, «entra en la ciudad, y allí se te dirá lo que tienes que hacer» (cf. Hch 9, 4-7 Vulg).

El Señor no le señala con claridad el fin al cual le llama, tan sólo le indica que escuchará de otro la respuesta a esa pregunta. Encontrándose ya desconcertado, sin entender exactamente hacia donde lo conducirá aquello, se levanta, abre los ojos… ¡pero no ve nada! Había sido cegado «por el resplandor de aquella luz» (Hch 22, 11).

La luz se retira, la ceguera permanece...

Para Saulo, todas las bellezas creadas por Dios son tinieblas. ¿Por cuánto tiempo? No lo sabe. ¿Serán días?, ¿meses?, ¿años? Si bien que desde el pun-

to de vista humano para él todo sea incertidumbre, la gracia imprime en su alma una profunda resolución.

Está ciego de los ojos de la carne; sin embargo, tan radiante de alma que se lanza sin vacilar a lo que le pide la voz de la obediencia, incluso sin comprenderlo. Y, abandonándose por completo en las manos del Señor, es llevado a Damasco para recibir instrucciones.

Pero ¿cómo? ¿Qué le ha pasado al perseguidor, que unos minutos antes solamente respiraba «amenazas de muerte» contra la Iglesia?

Nadie puede ver el rostro de Dios y seguir viviendo, asevera la Sagrada Escritura (cf. Éx 33, 20). Saulo no escapó a la regla: murió para sí mismo, sacrificando sus propios anhelos y criterios, tan implacables y arraigados, para no hacer ya su voluntad, sino la del Señor.

Al respecto, San Bernardo de Claraval[1] observa que la respuesta de Pablo —«¿qué quieres que haga?»— es el signo de la perfecta conversión de un alma que, renunciando al mundo, se decide a seguir a Cristo.

Obediencia perfectamente ciega

Siguiendo a San Ignacio de Loyola, el P. Alonso Rodríguez, gran tratadista de vida espiritual, afirma que «la obediencia imperfecta tiene ojos; mas para su mal: la perfecta es ciega, mas en esta ceguedad consiste la sabiduría: la una tiene juicio en lo que se le manda; la otra no».[2] La primera acata en las exterioridades, pero resiste en el corazón y, por tanto, no merece el nombre de obediencia. La segunda somete su juicio y su voluntad al Altísimo, teniendo por bueno todo lo que Él manda. No busca razones para acatar las órdenes, sino que las acepta únicamente por esta consideración: lo que Dios quiere es lo mejor para mí.

¿Y cómo nos da a conocer el Señor sus deseos? «Levántate, entra en la ciudad, y allí se te dirá lo que tienes que hacer». A Pablo —y también a nosotros— la Providencia no le habla a menudo a través de una locución directa. Quiere valerse de instrumentos materiales: bien una homilía, una lectura, una inspiración ante el Santísimo Sacramento, bien un consejo de un confesor, de un director espiritual, de un padre, un hermano o un buen amigo.

Al mismo tiempo que Dios emplea esos elementos externos, toca el alma directamente para dejar claro que, de hecho, se trata de su voluntad. Para secundar estas mociones es necesario, con más razón aún, estar atento y ser flexible como el ciego de Damasco: «Señor, ¿qué quieres que haga?».

San Bernardo subraya que «pocos son los que se ajustan a esta forma de perfecta obediencia»[3] y que purifican su libre albedrío hasta el punto de no buscar nunca, no pretender nunca, no desear nunca que se haga otra cosa más que la voluntad de la Providencia.

¿«Domine, ut videam»?

Cuántos hay que, en contraste con la actitud del Apóstol, asumen la de otro ciego mencionado en las Escrituras, a quien el Señor le pregunta: «¿Qué quieres que te haga?» (Mc 10, 51a).

Este sí, verdaderamente no veía nada, pues no se admiró cuando Cristo le indagó qué quería que hiciera por él. Lo correcto hubiera sido que exclamara: «Eso no, Señor; di tú antes qué quieres que yo haga, porque así es decente, así lo exige toda razón; no que tu inquieras y ejecutes mi voluntad, sino yo la tuya».[4]

«*Domine, ut videam*» (Mc 10, 51b), replicó el pobre ciego. «Rabbuní, que recobre la vista»: le pide el ver, pero no el obedecer. Numerosas veces el Señor se encuentra con almas que desentonan de su divina voluntad, las cuales le piden favores continuamente y nunca están dispuestas a escuchar lo que Él realmente quiere. ¡Cuánto provecho sacarían si imitaran al Apóstol San Pablo! En efecto, los «ciegos» por la obediencia son las almas que realmente recobran la vista, ya que ponerse incondicionalmente en las manos de Dios es el acto de suprema lucidez. ✧

Gustavo Kralj

«Rabbuní, que recobre la vista». La obediencia imperfecta tiene ojos; mas para su mal

Jesús cura al ciego de nacimiento
Iglesia del Buen Pastor, Jericó (Israel)

---

[1] Cf. SAN BERNARDO DE CLARAVAL. En la conversión de San Pablo, n.º 6. In: *Obras completas*. Madrid: BAC, 1953, v. I, p. 625.

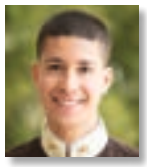
[2] RODRÍGUEZ, SJ, Alonso. *Ejercicios de perfección y virtudes cristianas*. Barcelona: Imp. Pablo Riera, 1861, v. III, p. 230.

[3] SAN BERNARDO DE CLARAVAL, op. cit., n.º 6, p. 625.

[4] Ídem, ibidem.

La nobleza de Jesús, ideal de perfección cristiana

En el camino del discipulado de Jesús, existen dos estados aparentemente irreconciliables: la nobleza y la pobreza. Ambos, sin embargo, son divinamente armonizados por el Redentor.



Javier Antonio Sánchez Vásquez

«Quien quiere dar amor, debe a su vez recibirlo como don»,[1] afirma Benedicto XVI. Desde una perspectiva sacramental, el sacerdote cumple con este supremo precepto de amar: cada día, cuando en la santa misa pronuncia las palabras de la transubstanciación, sus manos acogen el cuerpo glorioso de Jesús Hostia, pudiendo así ofrecerlo a los demás como auténtico don.

Gracias al sacerdocio, la presencia del amor de Dios se perpetúa entre los hombres, no como una idea abstracta o un sentimiento vago, sino de manera real y viva en la Eucaristía, llamada por Santo Tomás de Aquino *«Sacramentum caritatis»*,[2] el sacramento de la caridad.

De esta forma, el Santo Sacrificio del altar debe transcurrir en un bello ceremonial litúrgico, el cual manifiesta más perfectamente el divino amor del Salvador que se da a nosotros por las manos del sacerdote.

No hay mejor catequesis que la misa, cuando se celebra con la debida piedad y decoro. Los corazones se abren ante el clérigo que, actuando *in persona Christi*, ejerce su ministerio buscando entrever con fe e imitar con devoción, hasta en los más mínimos detalles, el modo en que actuaría el Señor.

Por más que a muchos les incomode esta verdad, en el revuelto mar de ideologías extrañas que sacuden vigorosamente la nao invencible de la Iglesia, el Señor continúa y continuará siempre siendo, en todo, el modelo de los sacerdotes que deseen verdaderamente cumplir su vocación.

Jesús noble, Jesús rey

En este camino del discipulado de Jesús, existen dos estados a primera vista irreconciliables que, sin embargo, el divino Redentor armonizó maravillosamente en su vida terrena: la nobleza y la pobreza.

Los siglos transcurrirán sin que se pueda alabar dignamente el ejemplo de desprendimiento del Creador al abrazar la pobreza. Ésta será siempre una virtud basilar, particularmente para quienes se adentran en el camino sacerdotal o religioso.

No obstante, afirma León XIII que «Jesucristo, si quiso pasar su vida privada en la obscuridad de una humilde morada y ser hijo de un artesano, si en su vida pública se complacía en estar en medio del pueblo, haciéndole el bien de todas las maneras, quiso, sin embargo, nacer de regio linaje, escogiendo por madre a María y por padre putativo a José, ambos hijos elegidos de la estirpe de David».[3] Aserción que fue retomada en términos similares por Pío XII.[4]

Reza el salmo 109: «Eres príncipe desde el día de tu nacimiento entre esplendores sagrados; yo mismo te engendré, desde el seno, antes de la aurora» (109, 3). El Señor fue noble desde su primer instante de vida, entre otras razones, debido a su prosapia. Se trata quizá del aspecto menos importante, pero no por eso despreciable. El simple hecho de que la Sabiduría eterna y encarnada juzgara conveniente ese atributo para sí mismo, llevó a Pío IX[5] a concluir que la nobleza es un don divino.

Estirpe regia de la cual nació Cristo

Al contemplar la milagrosa imagen del Santo Sudario de Turín, nos quedamos asombrados ante la poderosa grandeza del varón allí retratado. Ante Él, podemos hacer nuestras las palabras pronunciadas por el centurión y sus soldados, al presenciar los acontecimientos que se siguieron a la Resurrección, pero con una pequeña añadidura: «Verdaderamente este

hombre era Hijo de Dios y de María Virgen» (cf. Mt 27, 54).

Sí, en una de sus epístolas San Pablo menciona la buena nueva que el Altísimo prometió por medio de los profetas, «acerca de su Hijo, nacido de la descendencia de David según la carne» (Rom 1, 2-3). Y a través de la Virgen se cumplió ese último elemento de la promesa. María confirió al Hijo de Dios la carne de rey, pues sin Ella el Mesías no poseería la sangre del linaje davídico.

Algo parecido puede decirse de San José —príncipe de la casa de David y, según algunos autores, el heredero en línea directa del rey profeta[6] —, el cual San Bernardino de Siena[7] defiende haber sido de tal nobleza que, en cierto sentido, le proporcionó la realeza temporal al Creador, en la Persona de Nuestro Señor Jesucristo.

La nobleza no está al margen de la santidad

Por otra parte, el Papa Benedicto XV[8] recuerda que en el pesebre la más alta majestad estuvo asociada a la más alta virtud. El Verbo divino, al humanarse en Nuestra Señora, no se dio por satisfecho con poseer una altísima nobleza a los ojos de los hombres, sino que «se revistió de la santa carne de la Santa Virgen»,[9] según la feliz expresión de San Hipólito.

Ciertamente convenía a Dios, tres veces Santo (cf. Is 6, 3), asumir la naturaleza humana más refinada, libre de los efectos del pecado original. La Santísima Virgen, uniendo en sí una ilustre estirpe terrena con la más excelsa virtud, dotó al Verbo eterno del cuerpo más conveniente.

Por consiguiente, dado que la segunda Persona de la Santísima Trinidad nació de una familia regia desde el punto de vista terrenal y, principalmente, del sobrenatural —creciendo en un hogar sencillo, sin duda, pero que albergaba los arquetipos del género humano, Jesús, María y José, la nobleza no puede ser considerada un estado al margen de la santidad. Al contrario, es como un fino perfume exhalado por el alma virtuosa, en el que resplandece la dignidad de la vida divina y de la gracia.

Noble actuación de Jesús

Gratuito y demasiado sorprendente, el amor divino nunca degrada al hombre. Al contrario, eleva y transforma a los que ama. La caridad de Dios, en efecto, es noble y ennoblecedora.

Esta verdad transparece de manera especial en la vida pública del Salvador, durante la cual mostró su incansable desvelo por los más necesitados, no sólo de favores materiales, sino también de gracias, de fe y de su amor. Por eso, Jesús se convirtió en el arquetipo del noble, al mismo tiempo que, privado de las riquezas terrenas, exaltaba las excelencias del espíritu y la supremacía de la virtud sobre los bienes mundanos, como paradigma de la práctica de la virtud de la pobreza. En el divino Redentor se aliaron el desapego del siervo y la dignidad del rey.

Mutatis mutandis, en la celebración del Santo Sacrificio del altar el espíritu de pobreza y el de nobleza no se excluyen, sino que se penetran mutuamente en orden al sacramento de la Eucaristía, que debe ser celebrado con toda dignidad, humildad y elevación.

Conformarnos a Jesús, el verdadero sentido de la santidad

En el itinerario vocacional de un sacerdote, estas palabras del divino Maestro ciertamente lo interpelan: «Si quieres ser perfecto, anda, vende tus bienes, da el dinero a los pobres —así tendrás un tesoro en el cielo— y luego ven y sígueme» (Mt 19, 21).

Sin duda, los pobres ocupan un lugar importante en la Iglesia. Sin embargo, en el camino de la santidad lo esencial es seguir a Jesús. Al asumir modelos distintos a Él, el trabajo resultante será siempre estéril; a veces trágico.

Judas se distanció de Cristo en su supuesto servicio a los pobres (cf. Jn 12, 4-5). Camuflando tras ellos su ambición, se involucró en corrupción y negocios fraudulentos, hasta traicionar al Maestro, vendiéndolo a bajo precio (cf. Mc 14, 10-11).

En las diversas causas de la crisis de fe que asola a la humanidad contemporánea, ¿no figurará también la fortísima tentación de relegar a Je-

Francisco Lecaros

La caridad que el Señor mostró en su vida pública es noble y ennoblecedora; eleva y transforma a quienes beneficia

Jesús con los niños - Iglesia de San Lauto, Angers (Francia).
En la página anterior, Cristo bendiciendo - Sainte-Chapelle, París

sús a un segundo plano dentro de la misma Iglesia?

«A los pobres los tenéis siempre con vosotros» (Mt 26, 11), afirmó el Señor cuando los discípulos se indignaron con Santa María Magdalena por usar un perfume de elevado precio para ungirlo. Ella amó a Jesús, lo siguió y se amoldó a su espíritu, escogiendo la parte mejor, (cf. Lc 10, 42). ¿Cuál fue el resultado? Desde hace dos mil años atrae las oraciones de innumerables fieles que piden su celestial intercesión, entre los que no faltan los pobres. Siguiendo María a Jesús, los pobres siguieron a María.

El Señor nos amó con nobleza

Si leyes sapienciales gobiernan el universo, ¿cómo su Artífice podría no ser ceremonioso, ordenado y jerárquico? Los pájaros gorjean melodías alegres y dulces; la naturaleza entera expresa arte, armonía y colorido, sea en el cielo, en el mar o en los bosques. Dios, al encarnarse, ¿no manifestaría en su voz, en sus gestos, en su porte y en sus palabras que en Él está la matriz de la belleza que adorna a la Creación? Titilan gracias las estrellas, las auroras boreales colorean los gélidos aires del mundo níveo. ¿Los ojos del Salvador no relucirían elevación, distinción, divina atracción?

Cristo ejerció su ministerio con nobleza. En cada curación y cada milagro; en la casa de la distinguida familia de Lázaro o en las polémicas discusiones con los fariseos; predicando el Sermón de la montaña o sentado en íntima conversación nocturna con Nicodemo; disponiendo con decoro, tras la Resurrección, el precioso lienzo que había cubierto su cuerpo en el sepulcro: en todas las ocasiones, Jesús obró con santa elevación.

¡Qué hermoso es ver en el ministro del altar un reflejo de la excelencia del Maestro, en especial en el momento de desempeñar las funciones sacerdotales! No son los atavíos superficiales o las normas de etiqueta lo que revelan la hidalguía de alguien, porque es del interior de donde ésta ha de brotar. Cuando el alma se ennoblece, la exterioridad se vuelve una mera consecuencia.

Reproducción

Si leyes sapienciales gobiernan el universo, ¿cómo no iba a ser su Artífice ordenado y jerárquico, perfecto modelo de nobleza?

Detalle del «Tríptico Stefaneschi», por Giotto di Bondone - Pinacoteca Vaticana

Divino Modelo para toda la sociedad

El Prof. Plinio Corrêa de Oliveira[10] afirmaba que el tipo humano ideal para todas las clases sociales no es un modelo teórico, sino una realidad histórica: se trata de la Persona de Nuestro Señor Jesucristo.

Cualquier puede alcanzar elevadas cualidades morales que lo perfeccionen a uno. Sobre todo, debemos desear la santidad, insuperable nobleza del alma que se acrisola en el infortunio. En efecto, pocas cosas hacen resplandecer tanto el perfil moral de un auténtico noble como el sufrimiento vivido con heroísmo, situación en la cual se refinan cualidades espirituales que ninguna riqueza puede comprar, ni desgracia alguna corromper.

Tales atributos, aunque constituyan la parte indispensable de la vocación de todo hombre, obligan al ministro sagrado de manera especial. A semejanza del Redentor, que abrazó su cruz y consumó su holocausto con divina grandeza para salvar a la humanidad, el sacerdote está llamado a ser una fiel imagen de ese amor ante la sociedad, la cual busca en él la misma bondad, humildad y elevación de Nuestro Señor Jesucristo. ✧

---

[1] BENEDICTO XVI. *Deus caritas est*, n.º 7.

[2] SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. III, q. 73, a. 3, ad 3.

[3] LEÓN XIII. Alocución al patriarcado y a la nobleza romana, 24/1/1903. In: *Acta*. Romæ: Typographia Vaticana, 1903, v. XXII, p. 368.

[4] Cf. PÍO XII. Alocución al patriarcado y a la nobleza romana, 5/1/1941. In: *Discorsi e radiomessaggi di Sua Santità Pio XII*. Città del Vaticano: Tipografia Poliglotta Vaticana, 1960, v. II, p. 363.

[5] Cf. PÍO IX. Alocución al patriarcado y a la nobleza romana, 29/12/1872. In: *Discorsi del Sommo Pontefice Pio IX*. Roma: G. Aurelj, 1872, v. II, p. 148.

[6] Cf. SAN PEDRO JULIÁN EYMARD. *Mois de Saint Joseph, le premier et le plus parfait des adorateurs. Extrait des écrits*. 7.ª ed. Paris: Desclée de Brouwer, [s.d.], pp. 59-62.

[7] Cf. SAN BERNARDINO DE SIENA. Sermo II. In vigilia nativitatis Domini. In: *Obras completas*. Firenze: Quaracchi, 1959, v. VII, p. 19.

[8] Cf. BENEDICTO XV. Alocución al patriarcado y a la nobleza romana, 5/1/1917. In: *L'Osservatore Romano* (6 ene, 1917).

[9] SAN HIPÓLITO. *El anticristo*, c. 4, n.º 1. Madrid: Ciudad Nueva, 2012, p. 54.

[10] Cf. CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Nobility and Analogous Traditional Elites in the Allocutions of Pius XII. A Theme Illuminating American Social History*. York (PA): Hamilton Press, 1993, p. 192.

Lecciones de confianza y de sabiduría

Consumida de celo por la salvación de las almas, Santa Teresita nos dejó en sus cartas, felizmente guardadas por la Historia, valiosas enseñanzas.

Hna. Fernanda Cordeiro da Fonseca, EP

A semejanza de una simple lámpara que arde día y noche ante el Santísimo Sacramento, ya sea en una humilde capilla rural o en una grandiosa catedral, el corazón de Santa Teresa del Niño Jesús, sencillo, pero lleno de fervor, crepitaba en todo momento de santos deseos ante el divino Huésped de su corazón.

Uno de esos anhelos era el de ser misionera y poder predicar el Evangelio por el mundo entero, incluso en las islas más lejanas. Tan ardiente era su caridad que parecía impulsarla, si fuera posible, a propagar el nombre de Cristo desde la Creación del mundo hasta el fin de los siglos.

Ahora bien, como la vocación de esta alma fogosa era vivir en el recogimiento del Carmelo y hacer brillar su heroísmo únicamente a los ojos de los ángeles y los bienaventurados del Cielo, el Buen Dios, que «no podría inspirar deseos irrealizables»,[1] le había reservado una participación palpable y sensible en tal empresa.

Dos «hermanos» enviados por Dios

Un día, mientras estaba en el lavadero, ocupada en su faena, la santa carmelita fue llamada aparte por la Madre Inés de Jesús, quien le leyó una carta que acababa de recibir. Su remitente era un joven seminarista que, «inspirado por Santa Teresa, decía él, […] pedía una hermana que se dedicara especialmente a la salvación de su alma y que, cuando fuera misionero, le ayudara con sus oraciones y sacrificios a salvar muchas almas».[2] A cambio, le prometía que la tendría siempre presente en la celebración del santo sacrificio, tan pronto como fuera ordenado.

Concluida su lectura, ¡oh alegría!, la Madre Inés le reveló que la elegida para auxiliar al futuro misionero era ella. Aun sintiéndose indigna de esa tarea, lo aceptó con prontitud y así expresaba su satisfacción: «Expresaros mi dicha sería cosa imposible. Ver mi deseo colmado de una manera inesperada hizo nacer en mi corazón un gozo que yo llamaría pueril. […] Hacía muchos años que no experimentaba ese tipo de felicidad. Sentía que, en ese aspecto, mi alma se renovaba. Era como si alguien hubiera tocado en ella, por primera vez, las cuerdas musicales hasta entonces olvidadas».[3]

A partir de ese momento, Santa Teresita empezó a contribuir a la fidelidad de Maurice Bellière, por esa época seminarista y aspirante a misionero, el cual, en vísperas de la muerte de la religiosa, embarcó hacia Argelia.

Ahora bien, al cabo de unos meses, la Madre María de Gonzaga le hizo una segunda propuesta: encargarse también de los intereses espirituales y apostólicos de otro seminarista y futuro misionero, llamado Adolphe Roulland. Exultante de alegría, Santa Teresa ganó un nuevo «hermano».

Una unión sellada años antes

La unión entre Teresa y Roulland, no obstante, ya poseía en esa ocasión un bellísimo antecedente.

Reproducción

Dios le mandó dos «hermanos», para atender su deseo de ser misionera

Santa Teresa del Niño Jesús, en julio de 1896

El 8 de septiembre de 1890, Teresa había abandonado definitivamente este mundo para convertirse en esposa del Rey de los Cielos, por su profesión religiosa. Ese día, con toda confianza, le pidió a su divino Esposo por un alma apostólica en particular, pues, al no poder ser sacerdote, quería que en su lugar un clérigo, participante de su sed de almas, recibiera gracias especiales.

Años más tarde, el ya entonces P. Roulland le contó a la santa carmelita que, precisamente en la fecha de su profesión, había tenido dudas en cuanto a su vocación y su entrada en el seminario mayor. Mientras rezaba en la capilla de Nuestra Señora de la Dèlivrande, de repente y de modo definitivo, se afirmó en el camino del sacerdocio.

He aquí que una punta del velo misterioso que esconde los secretos de la eternidad fue levantada: Teresa encontró a aquel por quien ardientemente había pedido y pudo, unida a él de forma concreta, partir hacia la conquista de almas. Como ella misma afirmaría más tarde, en esa unión el P. Rouilland realizaba el papel bíblico de Josué, que lideraba el combate en el terreno, mientras que ella se alegraba en ser su pequeño Moisés, cuyos brazos y corazón, sustentados por Cristo, estaban continuamente dirigidos hacia el Cielo a fin de obtener la victoria.[4]

De hecho, tan pronto como se enteró de que el P. Roulland, recién ordenado, había sido destinado a evangelizar la provincia de Su-Tchuen, en China, la carmelita colocó en la pared de la habitación donde trabajaba un mapa del territorio chino, para no olvidarse en ningún momento de su parte en esa obra.

En sus cartas, …

La amistad de Teresa con esos dos sacerdotes, enteramente sobrenatural, echó profundas raíces en su alma, nutriéndose de las frecuentes misivas que intercambiaban. Felizmente, éstas fueron guardadas por la Historia y constituyen tesoros de santas enseñanzas.

Al escribirle al P. Roulland, la carmelita trataba de animarlo a soportar los sufrimientos de la labor apostólica, que variaban desde las molestias físicas hasta las persecuciones, siempre indicándole, con la sabiduría propia de los humildes, los altos designios de Dios ocultos tras dichas circunstancias. A veces, no dudaba en contarle a su hermano misionero algún hecho de su vida o de la convivencia en el Carmelo de Lisieux y también le hacía algunas peticiones insólitas, como, por ejemplo, que le enviara un mechón de su cabello, para guardarlo como reliquia cuando recibiera la palma del martirio…

Sin embargo, aún más conmovedora es la correspondencia con el P. Bellière. Al ser muy frágil y débil, no dudó en confiarse enteramente a la dirección de la Hna. Teresita y tenerla como guía espiritual. Ella, por su parte, percibiendo esa disposición de alma y conociendo a fondo el interior de su «hermanito» aún seminarista, lo hizo caminar bajo los dictados de su *pequeña vía*.

… ¡un tesoro de buenos consejos!

Una vez, este futuro sacerdote, ya consciente de que su hermana espiritual había contraído una grave enfermedad y pronto partiría hacia el Cielo, le expuso una dificultad que lo asaltaba: sin el contacto que mantenía con ella, se vería privado de apoyo para perseverar en el áspero camino de la cruz… Santa Teresita le respondió: «Cuando esté en el puerto, os enseñaré, querido hermanito de mi alma, cómo debéis navegar en el mar tempestuoso del mundo con el abandono y el amor de un niño que sabe que su Padre lo quiere y que no lo dejará solo en la hora del peligro».[5]

Trascendiendo los límites del tiempo, estas palabras de Santa Teresita también nos enseñan cuán necesario es tener una confianza filial y casi infantil en nuestro divino Redentor. De esta confianza nace esa serenidad que tanto necesita nuestra alma para superar las adversidades de la vida, y si la tenemos, aun exentos de ayuda humana, nada tendremos que temer.

En otra ocasión, el seminarista Bellière le confió a la santa religiosa que había desperdiciado «los hermosos años» de su juventud, «aquellos que Jesús ama sobre todo», dedicando al mundo y a sus locuras los talen-

Fotos: Reproducción

La amistad enteramente sobrenatural de Teresa con los dos sacerdotes echó profundas raíces en su alma

A la izquierda, el P. Adolphe Roulland; a la derecha, el P. Maurice Bellière

tos que Dios le había prestado. Sólo a los 18 años recibió la gracia de la conversión. Debido a estas faltas pasadas, el futuro sacerdote poseía cierta dificultad para creer en el amor misericordioso del Sagrado Corazón de Jesús, que lo lleva a perdonar y olvidar nuestros pecados.

Este sentimiento quedó reflejado en varias de sus cartas. En una de ellas, al realizar un acto de fe de que, desde la gloria celestial, Santa Teresita estaría a su lado, hizo la siguiente salvedad: «A no ser que Jesús, irritado con mis quejas, no lo quiera».[6] En una correspondencia posterior, además, le manifestó su miedo a que en el Cielo el Señor le contara a Teresa todas sus miserias y los disgustos que le había causado, disminuyendo con ello la ternura de la bienaventurada para con él.[7]

La falta de confianza en la misericordia de Dios atormentaba la vida espiritual del joven seminarista. Ahora bien, ese desastroso defecto también afecta a menudo a nuestras almas. Cuántas veces no nos demoramos en lamentaciones por los pecados que cometimos en la vida pasada, o incluso por nuestras faltas actuales, y nos entregamos a la desesperación o al desánimo… Si tales tentaciones llegaran a asaltarnos, quizá puedan consolarnos las mismas palabras que animaron al P. Bellière:

«Supongo a un padre con dos hijos traviesos y desobedientes y que, al ir a castigarlos, ve a uno temblando y alejándose de él con miedo, manteniendo en el fondo de su corazón, no obstante, el sentimiento de que merece ser castigado; y que su hermano, por el contrario, se arroja en los brazos de su padre diciéndole que se arrepiente de haberlo puesto triste, que le quiere y que, para demostrárselo, será bueno en adelante. Entonces este niño le pide a su padre que lo castigue con un beso; no creo que el corazón de ese dichoso padre se pueda resistir a la confianza filial de su hijo, cuya sinceridad y amor conoce muy bien. […] Sin embargo, no ignora que su hijo recaerá más de una vez en las mismas faltas; aunque estará dispuesto a perdonarlo siempre, si su hijo siempre le conquista su corazón…».[8]

Desde la eternidad, continuaría dictando palabras de confianza en el corazón de sus «hermanos»

Santa Teresita
unos días antes de su muerte

Así también actúa el Buen Jesús con el alma miserable, pero sinceramente contrita, confiada y abandonada en sus brazos paternos. «No está siempre acusando ni guarda rencor perpetuo; no nos trata como merecen nuestros pecados ni nos paga según nuestras culpas. Como se levanta el cielo sobre la tierra, se levanta su bondad sobre los que lo temen; como dista el oriente del ocaso, así aleja de nosotros nuestros delitos. Como un padre siente ternura por sus hijos, siente el Señor ternura por los que lo temen» (Sal 102, 9-13).

Y si todavía persiste el temor de nuestras culpas, acordémonos de que María Santísima es nuestra Madre. Aun cuando tengamos la desgracia de caer en pecado, viéndonos aborrecidos por todos, hasta el punto de que incluso las criaturas insensibles, como el fuego, el aire y la tierra quisieran castigarnos vengando el honor de su Creador, si recurrimos a Nuestra Señora encontraremos el más acogedor, seguro y maternal refugio y el camino correcto para reconciliarnos con Dios.[9]

En lucha por las almas, ¡eternamente!

Las edificantes cartas de Teresa cesaron de ser escritas a mano el 30 de septiembre de 1897, pasando a ser dictadas directamente en el corazón de sus devotos, desde lo más alto de los Cielos. Desde allí, muy cerca de su divino Jesús, continúa para siempre su misión de conquistar almas, favorecida con especial poder impetratorio concedido por la Santa Iglesia, que la proclamó *Patrona especial de los misioneros y las misiones*.

En cuanto a nosotros, formemos parte o no de ese selecto batallón de obreros de la viña de Cristo, no dudemos en ponernos bajo la protección de la gran Santa Teresa del Niño Jesús. Roguémosle empeñadamente que conquiste por completo nuestras almas para el Señor y nos enseñe a ser en sus manos como niños y verdaderos herederos del Reino celestial (cf. Mt 19, 14). ✧

---

[1] SANTA TERESA DE LISIEUX. Manuscritos autobiográficos [Historia de un alma]. Ms. C, 2v. In: *Œuvres de Thérèse*: www.archives-carmel-lisieux.fr.

[2] Ídem, 31v.

[3] Ídem, 32r.

[4] Cf. SANTA TERESA DE LISIEUX. Carta al P. Adolphe Roulland, 1/11/1896. In: *Obras completas. Textos e últimas palavras*. Coimbra: Carmelo, 1996, p. 577.

[5] SANTA TERESA DE LISIEUX. Carta al P. Maurice Bellière, 18/7/1897. In: SCIADINI, OCD, Patricio (Org.). *Santa Teresinha do Menino Jesus escreve aos sacerdotes e seminaristas*. 2.ª ed. São Paulo: Loyola, 2012, pp. 64-65.

[6] Ídem, p. 63, nota 1.

[7] Cf. Ídem, p. 67, nota 1.

[8] SANTA TERESA DE LISIEUX. Carta al P. Maurice Bellière, 18/7/1897, op. cit., p. 65.

[9] Cf. SAN ALFONSO MARÍA DE LIGORIO. *Glórias de Maria*. 21.ª ed. Aparecida do Norte: Santuário, 2010, p. 69.

El sacerdote perfecto

Desde la expulsión del paraíso hasta la venida del Redentor, la humanidad vislumbra en figuras imperfectas al Pontífice absoluto, de cuyo poder mediador participarían todos los sacerdotes de la Nueva Ley.

Plinio Corrêa de Oliveira

Debo hablarles respecto a la plenitud del sacerdocio. Y esta consideración me lleva a la noche de los tiempos, a una digresión histórica que sorprende al hombre en el período quizá más crucial y duro de su existencia en la tierra.

Imaginamos hoy que nos encontramos al borde de una catástrofe sin precedentes. Sin embargo, no recordamos que hubo otra que marcó al género humano desde el principio, narrada en el Génesis: la desobediencia del hombre que, inducido por la mujer —a su vez, tentada por la serpiente—, dudó de Dios, se rebeló contra Él, no quiso seguir el destino que el Creador le había señalado y, por ello, fue expulsado del paraíso.

De la tierra de predilección, a la tierra de exilio

Príncipe del más bello y encantador de los reinos, puesto como señor de toda la naturaleza visible, cuyos secretos conocía perfectamente y sobre la cual ejercía un misterioso imperio, Adán era confortado por los dones preternaturales que le aseguraban, entre otros beneficios, la inmortalidad. No obstante, él pecó, Eva pecó.

Ambos partieron de aquella tierra de bendición y predilección, donde el Altísimo paseaba a la hora de la brisa de la tarde (cf. Gén 3, 8), y entraron en la tierra de exilio. La naturaleza humana, privada de los dones preternaturales y desamparada frente a un ambiente sobre el cual ya no poseía gobernanza, se sintió apocada, disminuida, amenazada por la justa cólera de un Dios que había sido ofendido. Con el hombre se introdujeron en esta tierra de exilio la aprehensión, el dolor, la incertidumbre, seguidas, no mucho tiempo después, de la imagen aterradora de la muerte.

El fratricidio de Caín

Adán y Eva, conocedores de estar destinados a la muerte, antes de fallecer pasaron por el drama de contemplar al hijo de la bendición, el hijo de la predilección, el dulce, el justo, el magnífico, tumbado en el suelo, asesinado. ¡Nunca habían visto un muerto! Tal vez ni siquiera tuvieran una idea exacta de lo que era la muerte, porque lo que no se ve, no se conoce enteramente. ¿Y asesinado por quién? Por un hermano suyo. El innoble fratricidio había derramado por tierra la sangre del justo que, según afirma el Génesis, subía hasta el Cielo clamando venganza a Dios (cf. Gén 4, 10).

Podemos imaginarnos el trágico ambiente del primer funeral: Eva sollozando, Adán dándose golpes de pecho, Caín frenético deambulando por los senderos, los demás hijos cavando, al azar, una fosa. Se cierra la sepultura, concluye la historia de Abel…

Se crea un vacío en la tierra inmensa y la humanidad comienza su enorme peregrinación, con este sen-

Fratricidio de Caín - Iglesia de Santa María Magdalena, Troyes (Francia)

Al ver a Abel asesinado por su hermano, Adán y Eva tuvieron una noción clara de la muerte y, por tanto, de los efectos de la falta que habían cometido

timiento de su propia finitud: el hombre morirá, como murió Abel.

Esta posición de finitud e incertidumbre del hombre ante su vida terrena encendió dos concepciones distintas del sacerdocio, que encontramos en dos familias diferentes de religiones paganas.

Mediación con miras a intereses terrenales

En primer lugar, están las llamadas religiones sin misterio, que corresponden, quizá, a una familia de almas del género humano: las más inclinadas hacia este mundo, que no niegan directamente la existencia de otra vida ni se desinteresan de ella, pero que de tal manera se dejan impresionar por el día de mañana que el centro de sus preocupaciones se vuelca para los quehaceres terrenales.

En esas religiones, el sacerdote aparece como un mediador entre los dioses y el hombre que, aun teniendo los ojos puestos en el Cielo, desempeña misiones característicamente terrenas.

¿Y éstas cuáles son? El sacerdote se reviste de poderes mágicos, con los que hace creer a los demás que tiene la capacidad de curar, de matar o de, a través de encantamientos y conjuros, gobernar los truenos o aplacar las fieras. Resuelve, por tanto, problemas humanos: realiza curaciones, causa muertes —como instrumento de venganza— y somete los elementos.

Ahí se ve una vaga nostalgia que el género humano tenía, en esa decadencia, del domino que ejercía sobre la Creación en el paraíso, antes de la caída de Adán. Nuestra naturaleza pide ese dominio y los sacerdotes, para satisfacer tal necesidad, se presentaban así a los hombres. Entonces surge un tipo de sacerdotes exorcistas, que arrojaban a los espíritus malignos capaces de ponerle trabas a la gente en sus quehaceres cotidianos, de arruinar las cosechas, de esparcir enfermedades, de ahuyentar al ganado.

Las modalidades paganas de sacerdocio manifestaban el deseo de la humanidad de restablecer las relaciones con Dios

También eran sacerdotes sacrificadores, que tomaban, ante el pecador, una víctima —un animal, una fruta o cualquier otra ofrenda; a menudo, por desgracia, una víctima humana— y la inmolaban para aplacar la ira de un dios que el hombre creía que estuviera enojado con él, de quien tenía miedo y, por ello, deseaba de algún modo hacerle propicio.

Sacerdocio comunicador de la vida divina

Hay, empero, otra familia de almas, quizá más rara y ciertamente más elevada: la de quienes son capaces de comprender que, por muy importantes que sean los problemas terrenos, éstos no pasan de logística; el hombre no está en la tierra para resolverlos. Perciben que el hambre no es el tema central de la vida, saben pensar, se detienen a reflexionar y, haciendo un alto en las justas actividades de la faena diaria, de vez en cuando se preguntan: «¿Qué sentido tiene esta vida? ¿Por qué he nacido? ¿Adónde voy? Cuando muera, ¿qué será de mí? ¡No sé! He de indagarlo». Estas cuestiones supereminentes do-

Reproducción

Sacerdote pagano ofrece un sacrificio a Júpiter, detalle de «San Pablo y San Bernabé en Listra», por Bartholomeus Breenbergh
Museo de Arte de la Universidad de Princeton, Nueva Jersey (Estados Unidos)

minan su existencia, la cual, sin ellas, se vuelve inexpresiva.

Para responder a las preguntas de este género de espíritu, la propia gentilidad, aun en sus desvaríos y en sus errores, pero impulsada por una mezcla de sentido común y de tradición que nunca llegó a perder del todo, elaboró el tipo de sacerdote de las religiones de misterio. Éstas practican —generalmente a escondidas y para un número relativamente pequeño de creyentes— ritos que pretenden obtener un efecto extraordinario: transmitir algo de la vida de la divinidad al sacerdote y que fluya algo de él al público, de forma que cierta porción de vida divina circule entre quienes practican y presencian el acto. Esta vida les da más fuerza en las penurias de la existencia, más luz a la mente, más energía a la voluntad y se manifiesta también por la magnífica promesa de que no tendrá fin: ha venido del más allá, se inserta en el hombre y, según creían, no cesa con la muerte.

La promesa de otra vida, existente de modo menos categórico en las demás religiones, se afirma más definidamente en las religiones místéricas. Y las almas sedientas de una naturaleza mejor, de una explicación más alta para sus problemas, de una orientación para la vida más profunda que la mera preocupación de conseguir las ganancias necesarias para no morir de hambre, o para satisfacer ambiciones y vanidades, se encajan en esta serie de religiones.

Y así, vaga y confusamente, en medio de ritos idolátricos a veces abominables y hasta satánicos, podemos discernir la estirpe de una tradición preciosa, la estirpe del sentido común humano, la estirpe de una esperanza.

En una noche en Nazaret, se establece la paz entre el Cielo y la tierra

De hecho, todas o al menos muchas de estas religiones eran animadas por la esperanza de que un día se establecería la paz entre el Cielo y la tierra, llegaría el momento en que los tiempos alcanzarían su plenitud y un elegido de Dios, perfecto y amado, vendría al mundo para restaurar el orden que el pecado de nuestros primeros padres —recordado en tantas religiones antiguas— nos había arrebatado.

En una medianoche, en el silencio absoluto de una ciudad hebrea, una virgen frágil, delicada, cándida, que en sus ojos llevaba una infinidad de celestiales reflejos, rezaba. Los tiempos habían madurado, el grado de sufrimiento y de degradación de la humanidad llegaron a tal punto que la misericordia de Dios había creado a esa virgen para que ella, inmaculada, consiguiera lo que ningún hombre pecador había conseguido: la venida del Mesías previsto por la raza judía, que nacería de la estirpe de David, a la cual pertenecía ella misma y su casto esposo José. Oraba en el silencio de la noche, pidiendo que ese Mesías llegara y regenerase todos los pueblos, y rogaba —según piadosas tradiciones— ser la esclava de la mujer bienaventurada de quien Él habría de nacer.

Javier Pérez Beltrán

Niño Jesús sacerdote - Parroquia del Señor de las Misericordias, Ciudad de Guatemala

De repente, se produce un movimiento misterioso en el aire; algo así como un batir de alas, como una vibración diáfana, como un centelleo de la luna que marca el ambiente. Ella mira y oye el saludo tan conocido: «Dios te salve, llena de gracia…».

Después de haber dicho: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra» (Lc 1, 38), el Verbo se encarnó y habitó entre nosotros. Entonces vino a la tierra aquel que, en el sentido más pleno y arquetípico de la palabra, es el Sacerdote: Nuestro Señor Jesucristo.

Sacerdote y víctima

Si es verdad que el sacerdocio se caracteriza por unir a los hombres a Dios, nadie podría establecer de modo más perfecto ese vínculo que aquel que era al mismo tiempo hombre y Dios, la segunda Persona de la Santísima Trinidad encarnada. Nuestro Señor Jesucristo es sacerdote por su propia naturaleza y fun-

La reconciliación con Dios que los hombres esperaban empezó cuando nació de la Virgen el Sacerdote por excelencia, Nuestro Señor Jesucristo

Leandro Souza

Celebración Eucarística en la basílica de Nuestra Señora del Rosario, Caieiras (Brasil)

dó el sacerdocio verdadero, el sacerdocio pleno, el sacerdocio cristiano, el sacerdocio católico.

Sin embargo, Él no es sólo pontífice, sino también víctima. Nuestro Señor se ofreció en una acción sacerdotal, por la cual aceptó ininterrumpidamente, desde el Huerto de los Olivos hasta el momento del «*consummatum est*», todo el océano de dolores que sobre Él habría de desencadenarse, para que ocurriera la Redención de la humanidad.

Tanto quiso inmolarse por nosotros —inmolación indispensable para la reconciliación entre Dios y los hombres— que lo vemos, en la oración del Huerto, sufrir, pasar tedio y pavor, sentir su sangre extravasándose por los poros, ante el horror de lo que habría de padecer. Con todo, al recibir fuerzas del ángel, quiso hacer la voluntad del Padre eterno, para su gloria, ante todo, y por amor a cada hombre.

Este es el sacerdote del cual proceden todos los demás sacerdotes. Y si la Iglesia Católica tiene sacerdocio, lo tiene por participación en Nuestro Señor Jesucristo.

El sacerdote es el eslabón entre Dios y los hombres; por él se renueva el sacrificio del Calvario llevando por doquier los frutos de la Redención

La grandeza del sacerdocio

El sacerdote es, por tanto, el eslabón entre Nuestro Señor Jesucristo y nosotros. A través de sus palabras se realiza la maravilla más grande de la tierra: dotado del poder de transubstanciar, multiplica por los altares del orbe el sacrificio de la cruz, llevando por doquier los frutos de la Redención.

El sacerdote se nos aparece como aquel que enseña la religión, que guía a los hombres en el cumplimiento de los Mandamientos, no como un profesor que ofrece una enseñanza estéril y sin vida, sino como aquel que, por medio de los sacramentos, sabe transmitir a las almas la gracia de Dios, de manera que la inteligencia se vuelva más lúcida y serena.

De ese modo, también la voluntad humana, tan frágil, tan encorvada, tan vuelta para su interés personal, recibe por la acción de la gracia un nuevo vigor: el sacerdote transmite vida —él, que habla de la vida eterna— y guía a una cierta familia de almas a pensar exclusiva o casi exclusivamente en el Cielo. Él se dirige a otra familia y le hace esta promesa: «También vosotros, buscad el Reino de Dios y su justicia; y todas las cosas se os darán por añadidura».

El sacerdote es la sal de la tierra y la luz del mundo, no solamente porque es la sal y la luz de la Iglesia, sino porque la Iglesia es la sal y la luz de la civilización cristiana. Después que Cristo viniera a la tierra, no hay civilización posible fuera de la civilización cristiana: o existe barbarie, o existe Nuestro Señor Jesucristo. ✧

Extraído, con adaptaciones, de: *Dr. Plinio*. São Paulo. Año IV. N.º 45 (dic, 2001); pp. 6-10.

Hélène Rival (CC by-sa 4.0)

Santa Clotilde

«Vuestra fe es nuestra victoria»

Hna. María Teresa Ribeiro Matos, EP

Reflejando admirablemente a la Santísima Virgen, Clotilde pronunció con sumisión su «fiat», venció por la fe y dio a luz a la Hija Primogénita de la Iglesia.

Junto a la cama donde se debatía entre la vida y la muerte un recién nacido, se hallaba sentado un joven rey bárbaro. Con la cabeza apoyada en las manos, y el rostro medio cubierto por la larga cabellera que simbolizaba la superioridad de su origen, no escondía su desesperación por la suerte de su hijo:

—Seguro que este niño también se va a morir. Bautizado en el nombre de Cristo, su destino será el mismo que el de su hermano: ¡la muerte! No cuenta con la protección de los dioses.

De hecho, el pequeño, regenerado hacía poco por las aguas bautismales, había sido atacado por fuertes convulsiones febriles y parecía estar siguiendo el camino de Ingomer, quien dos años antes había fallecido todavía vestido de blanco.

De rodillas, con la fe incluso más fortalecida por la tragedia, estaba la joven reina. En su alma, el cariño materno aliado a la conciencia de la grandeza de su misión no la llevaron únicamente a aceptar con resignación ese sufrimiento, sino a «exigir» a la Providencia un milagro. En efecto, no sólo estaba en peligro su hijo, sino la salvación de un pueblo que dependía de sus súplicas; no era solamente el niño el que necesitaba vivir, sino la Hija Primogénita de la Iglesia la que precisaba ser «bautizada».

Esta era la misión que Clotilde había asumido con la dignidad de una reina. Y estaba dispuesta a conquistar todos los milagros para realizarla.

Princesa de Lyon

Clotilde nació en el reino de Lyon, territorio que su padre, Chilperico, príncipe bárbaro de la tribu de los burgundios, había recibido en herencia.

A pesar de su pequeña extensión, grande era su legado espiritual y cultural. Lyon había sido una importante ciudad bajo el dominio de los romanos y se había convertido en un próspero centro de catolicidad en las Galias. Había visto brotar en sus arenas la sangre de innumerables mártires como Santa Blandina, San Potino y sus compañeros, y en su sede episcopal había escuchado a San Ireneo predicar con sabiduría y elocuencia contra la herejía.

Es cierto que la invasión bárbara prácticamente arrasó con el esplendor material de la región, pero las armas no extinguieron su fulgor espiritual, que brillaba como una esperanza de victoria.

Los obispos de la nación, como príncipes de la Iglesia militante, tenían muy presente cuánto contaba Cristo con su combate para lograr la victoria. Un desafío realmente bastante arduo, pues no se restringía a destruir el paganismo de los bárbaros, sino también la herejía arriana, que había echado fuertes raíces entre ellos.

San Avito, obispo de Vienne, había obtenido ya una gran victoria al conseguir que los reyes burgundios se casaran con jóvenes de confesión católica. Por ello, Clotilde y Chroma, su hermana mayor, fueron bautizadas al nacer. Sin embargo, como sus padres murieron en una guerra fratricida, las pequeñas pasaron a estar bajo la tutela de su tío. El prelado no se desanimó ante ese trágico hecho, sino que puso todo su empeño en educar a las dos princesas.

La misión entre los francos

A finales del siglo V poco quedaba de la dominación romana. Los triunfos obtenidos por la Iglesia a partir del Edicto de Milán, en el 313, parecía que sucumbían ante el avance de las hordas bárbaras y la perfidia de los herejes.

En Lombardía, Teodorico el Grande, jefe ostrogodo y arriano, dominaba gran parte de Italia; en el sur de la Galia y en la península ibérica, los visigodos y los vándalos reinantes hacían que prevaleciera la herejía, renovando incluso la persecución a los verdaderos católicos. En Occidente, ningún reino profesaba ya oficialmente la fe católica en su ortodoxia. ¿Situación desesperanzadora? Quizá. Pero, sobre todo, ¡vísperas de una intervención divina!

En el norte de la Galia, la tribu de los francos salios continuaba siendo pagana. Allí reinaba Clodoveo, hijo de Childerico, cuya simpatía por las costumbres del Imperio le había valido el título de patricio. En el 486 conquistó el dominio de Soissons —los restos de la provincia romana en la Galia— derrotando a Siagrio, un regidor militar harto pusilánime e incapaz de enfrentar a los arrianos. Ante tal coyuntura, Clodoveo se convertía en el foco de esperanza de los prelados católicos. San Remigio, obispo de Reims, le escribió cuando asumió el gobierno: «Practica el bien. Sé casto y honesto. Muestra completa deferencia hacia tus obispos y recurre siempre a sus consejos. Si te entiendes con ellos, tu país se encontrará bien. […] Si quieres reinar, muéstrate digno de ello».[1]

No obstante, era indispensable que el monarca franco se convirtiera, para que el cristianismo pudiera tener un reino. Una esposa católica parecía ser el mejor medio de inclinar su corazón hacia la verdad. Clotilde, que tenía unos 20 años, fue encaminada por los obispos para tal misión.

Tarea nada fácil, pues ¿quién garantizaba que una joven tendría éxito en medio de un pueblo bárbaro donde la venganza, el asesinato y la rudeza pagana formaban parte de sus costumbres?

Clotilde, cuyo nombre significa *guerrera gloriosa*, entendió perfectamente el desafío y, a semejanza de María, dio su «*fiat*». Ya no viviría para sí misma, sino para el triunfo de la fe católica.

En el año 492, Soissons recibía a la reina que se uniría a Clodoveo en un matrimonio monogámico[2] e indisoluble, firmado en la promesa de bautizar a sus hijos en la religión materna. ¡Se había ganado la primera batalla!

La prueba de fe

He aquí, sin embargo, que en el momento siguiente parece que la victoria pasa al lado del paganismo. Ingomer, el primer hijo de aquella unión y portador de la esperanza de una dinastía cristiana, muere poco después de ser bautizado, y el segundo, Clodomir, nacido en el 495, corría la misma suerte. Entonces es cuando ocurre el episodio narrado al comienzo de este artículo.

Después de una noche de tensa lucha interior, sin dejar que su ánimo flaqueara, la reina obtiene el milagro: el niño se sosiega, la fiebre desaparece y duerme tranquilo y saludable. Por su fortaleza, su heroica resignación y su fe inquebrantable logra arrancar del Cielo que su hijo viviera, pero sobre todo imprimiera en el corazón del rey una imagen del verdadero coraje y del poder supremos del único Dios.

Aquello que podría haber constituido una derrota definitiva para el catolicismo en el reino de los francos, Clotilde lo transforma en victoria mediante la fe. De este modo se abre el camino que llevará a Clodoveo y a Francia al seno de la Iglesia.

El voto de Tolbiac

En el año 496, los alamanes —una tribu germánica— invadieron las tierras de Sigeberto, rey de Colonia y aliado de Clodoveo. Fiel a su pacto entre ambos monarcas, este último acudió en su ayuda.

De la fe de Santa Clotilde ante su hijo moribundo dependía el destino de una nación

Clodoveo y Santa Clotilde - Iglesia de San Audeno, Ruan (Francia). En la página anterior, Santa Clotilde - Iglesia de San José, Saint-Héand (Francia)

El enfrentamiento tuvo lugar en el antiguo asentamiento romano de Tolbiac, la actual ciudad de Zülpich. La ferocidad del combate fue tremenda y, tras unas horas, la masacre en el lado franco se volvió violenta; el ejército de Clodoveo estaba a punto de ser aniquilado.

El jefe franco se vio en una aterradora situación. Conocía muy bien la suerte de los vencidos y sabía que si era derrotado no debía esperar clemencia para sí, para su pueblo y para su fama, pues pasaría a la Historia como indigno de la realeza. Entre el fragor de la batalla y el miedo que se apoderaba de su ejército, le vino a la mente la única figura que había visto que enfrentara un desastre con audacia y dignidad y que, en una circunstancia sin salida, obtuviera lo imposible: ¡Clotilde! Aferrándose a su ejemplo, como una tabla de salvación, el bárbaro exclamó:

—Dios de Clotilde, ¡ven en mi auxilio!

De repente, la flecha de un guerrero franco alcanza mortalmente al jefe de los alamanes y hace que se revierta la suerte del combate. Los adversarios, presos del pánico, se batieron en retirada con los francos a sus espaldas, persiguiéndolos.[3]

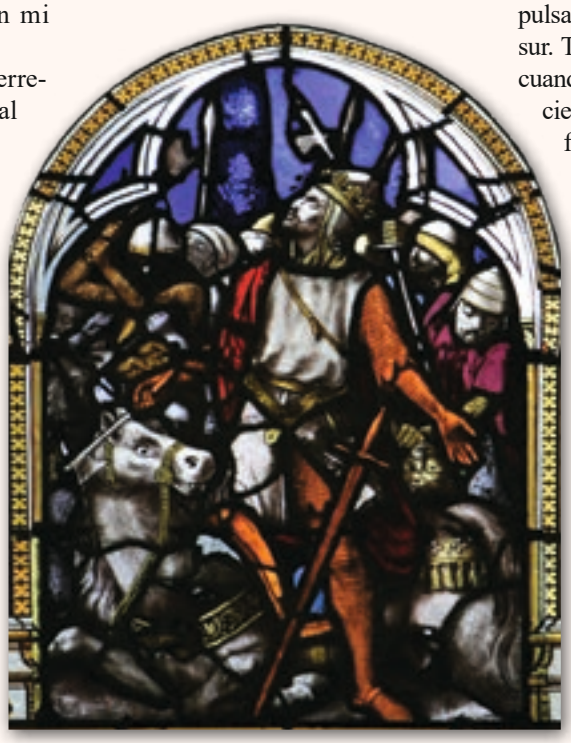
Se había ganado la contienda, pero sobre todo la batalla de Cristo en el corazón de Clodoveo, por mediación de Clotilde. Aquella misma tarde, le escribió para decirle que quería recibir el Bautismo.

Bautismo de Clodoveo y de Francia

Grande fue el celo del obispo Remigio y de Clotilde en la preparación de la tan ansiada ceremonia. El ermitaño San Waast, que también había pasado de las creencias germánicas al catolicismo, ayudó a concluir la instrucción del rey, mientras que la reina tomó providencias para disponer de los mejores tejidos e inciensos para hacerle sentir a aquel pueblo todavía rudo la inigualable grandeza del acto.

Acompañado por sus hermanas, por Thierry, hijo de su primer matrimonio, y por más de tres mil súbditos, Clodoveo fue admitido, finalmente, en la familia de Dios en la fiesta de la Natividad del Señor. Nacía en la catedral de Reims la Francia católica, la semilla de la cristiandad. «*Regnum Galliæ, regnum Mariæ, nunquam peribit*»,[4] rezaba un escrito de la época merovingia. Clotilde estaría asociada para siempre a María, Madre de la Iglesia, al dar a luz con Ella a su primer reino.

Para confirmar la «filiación divina» de este pueblo, cuenta la tradición que una paloma trajo el óleo para la unción, usado desde entonces en la coronación de todos los reyes de Francia.



Francisco Lecaros

El Dios de Clotilde no sólo concedió la victoria en los campos de Tolbiac, sino que también ganó la batalla de Cristo en el corazón de Clodoveo

Conversión de Clodoveo en la batalla de Tolbiac
Iglesia de Saint-Audeno, Ruan (Francia)

«La fe que habéis confesado es nuestra victoria. […] Una nueva luz brilla para nosotros en la persona de un rey de Occidente. […] La Navidad del Señor es también la Navidad de los francos; nacisteis para Cristo el día que Cristo nació para vos»,[5] escribió San Avito al rey, festejando el éxito de tantos esfuerzos.

Unificación de las Galias

¿Misión cumplida? Aún no. La reina sabía que era sólo el comienzo. La gracia que había sido infundida en su esposo y en aquel pueblo debía transformar una naturaleza humana inculta y salvaje. Este proceso no llevaría años, ¡sino siglos! A ella le correspondía, no obstante, cuidar al máximo la semilla, para que el árbol creciera frondoso y altanero.

Para ello le aconsejaba a Clodoveo que emprendiera la unificación de toda la Galia en la verdadera religión, expulsando a los visigodos arrianos del sur. Tal empresa tuvo lugar en el 507, cuando el rey cumplía el voto que hiciera en el tiempo en que cayó enfermo. La campaña empezó por la conquista de la ciudad de San Martín de Tours y finalizó con la batalla de Vouillé, que obligó a los visigodos a retroceder al otro lado de los Pirineos, hacia Hispania.

Comprando el futuro

Tras el fallecimiento de su esposo, el 27 de noviembre del 511, Clotilde iniciaba una nueva fase de su vida.

Francia había sido bautizada, pero ¿cuántos siglos serían necesarios para que se convirtiera en el Reino Cristianísimo? Clotilde incentivó al máximo en el rey franco los principios cristianos; sin embargo, tuvo que asistir con paciencia auténticas carnicerías, incluso la muerte de parientes, en la

conquista de los reinos vecinos para sus hijos.

Presenció el asesinato de su primo burgundio Segismundo y de su familia, llevado a cabo por Clodomir, su hijo. Cuando éste murió, siguió las disputas ambiciosas de sus hijos Clotario y Childeberto sobre la herencia, que culminaron en el brutal exterminio de sus nietos. Tuvo en sus brazos el cuerpo de su hija al regreso de un largo martirio en la corte de Toledo intentando convertir a su esposo, Amalarico. Más adelante, sólo pudo intervenir con sus súplicas y oraciones para impedir que Thierry y Childeberto mataran cruelmente a Clotario en una contienda…

Unas veces retirada en el monasterio de Tours, otras veces en París cuando el deber la llamaba, la santa reina ya no vivía para el presente; con sus oraciones y penitencia, preparaba el futuro de la nación. Si bien no llegara a contemplar a un Carlomagno, a un San Luis IX, a una Santa Juana de Arco ni a una Teresa de Lisieux, estaba convencida de que podía contribuir a las maravillas futuras y ser, en cierto sentido, la madre de esos grandes hombres y mujeres.

Última intercesión

Clotilde pudo hacer uso de su poder de intercesión todavía una vez más el mismo año de su muerte.

Clotario, que había asesinado a los hijos de su hermano e, incluso bautizado, practicaba la poligamia de los paganos, decidió tomar como quinta esposa a una joven princesa turingia que había hecho prisionera cuando aún era niña. La princesa aceptó la propuesta a cambio de que salvara a su hermano, con quien compartía cautiverio. Sin embargo, después de haberse unido a ella, Clotario lo mató. La joven huyó y se refugió en un convento; el rey la persiguió, dispuesto hasta violar el sagrado derecho de asilo. La reina madre intervino por última vez y salvó a aquella que, dentro de los muros monacales, continuaría su tarea de celar por Francia: Santa Radegunda.

El 3 de junio del 545, Clotilde entregaba su alma a Dios y su cuerpo fue a descansar junto al de su esposo y al de Santa Genoveva en la basílica de los Apóstoles, en París.

Una mujer fuerte

Sobre las damas que se convierten en reflejo de María Santísima, dijo un Pontífice:

«Católicos de Francia, vuestra historia, cuya trama está tejida con gracias y favores de María, os confiere un deber muy especial de velar por la integridad y la pureza de vuestra herencia mariana. […]

«Es admirable la participación de las mujeres en la Historia de Francia. ¡Clotilde la libera del paganismo y de la herejía, y por el Bautismo de Clodoveo es entregada a Cristo! ¡Blanca de Castilla es la educadora de San Luis, "el buen lugarteniente de Cristo"! ¡Juana de Arco le devuelve a Francia su lugar en el mundo, y su estandarte lleva el nombre de Jesús y de María! […]

«Estas heroínas providenciales cumplieron su misión por la sabiduría de su espíritu, la fuerza de su voluntad, la santidad de su vida, la generosidad en el sacrificio total de sí mismas, en suma, por la imitación de las virtudes de María, trono de la Sabiduría, Mujer fuerte, Sierva del Señor, Virgen compasiva con el corazón traspasado por una espada, Madre del autor de la paz y Reina de la paz».[6]

No cabe duda de que Santa Clotilde fue una mujer fuerte como la alabada por las Escrituras. No prefiguró a la Virgen a semejanza de Abigail, Judit o Esther, pero siguió su ejemplo haciendo perdurar en la tierra una estirpe de almas marianas. Almas que con su «*fiat*» salvan al mundo y, por su fe, obtienen resurrecciones grandiosas. ✧

Guilhem Vellut (CC by-sa 2.0)

La reina, que había hecho todo por el «bautismo» de un pueblo, seguiría interciendo por ellos desde la eternidad

Santa Clotilde - Iglesia de San Vicente de Paúl, París

[1] BERNET, Anne. *Clotilde, épouse de Clovis. Histoire des Reines de France*. Paris: Pygmalion, 2006, p. 64.

[2] La costumbre pagana de la época admitía la poligamia. Clodoveo tuvo una primera esposa, pero ya estaba muerta cuando se casó con Clotilde.

[3] Cf. SAN GREGORIO DE TOURS. *Histoire ecclésiastique des Francs*. L. II, c. 30; BORDONOVE, George. *Clovis et les Mérovingiens*. Paris: Pygmalion, 2006, p. 92.

[4] Del latín: «El reino de Francia, reino de María, no perecerá nunca».

[5] BERNET, op. cit., pp. 161-162.

[6] PÍO XII. *Discurso a los peregrinos franceses llegados a Roma para la canonización de Santa Juana de Valois*, 29/5/1950.

«La loca del Sacramento»

La presencia real de Jesús en la Eucaristía cautivó el corazón de Teresa Enríquez, llevándola a promover el esplendor del culto al Santísimo Sacramento y a desear que fuera adorado y venerado por todos.

Hna. Mónica Perezcanto Sagone, EP

A lo largo de la Historia, Dios suscita almas especialmente amantes de la Eucaristía que enriquecen el Cuerpo Místico de Cristo con su ejemplo. Sí, porque la Iglesia no es como un museo que tan sólo conserva la excelencia en la cual fue constituida por su divino Fundador, sino una sociedad viva que constantemente da nuevos frutos.

Hace poco más de quinientos años, fulguraba una de esas almas, y no precisamente en el interior de un convento o en el ejercicio de un ministerio eclesiástico. De las filas del laicado, y sin que las pesadas responsabilidades temporales cohibieran su dedicación a la Iglesia, destacó una dama de la nobleza castellana: Teresa Enríquez de Alvarado. ¿Quién fue ella?

Zarateman (CC by-sa 1.0)

Teresa deseaba que el culto eucarístico tuviera influencia incluso en la vida civil y cotidiana

Teresa Enríquez prepara vino y hostias Colegiata del Santísimo Sacramento, Torrijos (España)

En la corte de los Reyes Católicos

Teresa Enríquez de Alvarado nació en 1450. Era prima hermana del rey Fernando el Católico e íntima amiga de la reina Isabel de Castilla. Contrajo matrimonio con don Gutierre de Cárdenas, contador mayor del reino y alcalde mayor de Toledo. Tuvo cinco hijos, de los cuales tres fallecieron siendo aún niños. La familia vivía en la corte, ya que el cargo que ocupaba don Gutierre era de bastante responsabilidad.

Rodeada de riqueza y de lujo, Teresa supo mantenerse en completo desapego de los bienes terrenales. Deseaba servir a Dios, sin escatimar esfuerzos para ello: ordenó la construcción de conventos, hospitales y capillas; ayudó pródigamente a los pobres y a los enfermos; se dedicó a la educación de sus hijos, enseñándoles prácticas de piedad y de caridad.

Sin embargo, elevándose todavía más, fue principalmente la presencia real del Señor en la Eucaristía lo que cautivó su corazón.

Abrasada de amor por la Eucaristía

Desde su infancia, Teresa aprendió de su abuela paterna, mujer virtuosa y seria, la devoción y el respeto que se le ha tener al Santísimo Sacramento. Con el paso de los años, fue creciendo no solamente en estatura, sino sobre todo en un ardiente amor por el Señor en este sublime misterio.

Comulgaba regularmente —en una época en la que no era costumbre hacerlo— y encontraba tiempo, en medio de sus obligaciones de la corte y obras de caridad, para pasar largas horas ante el sagrario. Cuando murió su tercer hijo, Teresa se aferró aún más al Cielo, conformándose con la voluntad de Dios, y al pie del tabernáculo halló consuelo y fuerzas para seguir adelante.

Ella misma molía el trigo y amasaba la harina para la confección de las hostias que después serían consagra-

das en el altar. Además, fundó cofradías sacramentales que se extendieron por muchos lugares, impulsando notablemente la adoración eucarística.

La finalidad de esas hermandades era promover el esplendor en el culto a Jesús Sacramentado, garantizando el cuidado de los sagrarios, custodias y vasos sagrados, el orden y disposición de los ornamentos sacerdotales y el ajuar del altar, así como la digna organización en el traslado procesional del viático llevado a los enfermos. Las cofradías contaban con personas que verificaban e informaban a la autoridad competente cómo se veneraba la Eucaristía en los distintos lugares, a fin de garantizar que todo fuera realizado con la sacralidad propia a honrar al Pan del Cielo.

Teresa trabajaba para que el culto eucarístico no fuera únicamente un privilegio de los espacios sagrados, sino que tuviera influencia en la vida civil y cotidiana. Instituyó una especie de tendencia nueva, que ganaba fuerza al soplo de la Contrarreforma. De modo que mientras estaban los que se dedicaban a justificar el dogma eucarístico refutando doctrinariamente los errores, ella lo afirmaba en el terreno de las tendencias, poniendo una nota de grandeza, belleza y buen gusto en todo lo que se relacionara con el Santísimo Sacramento.

Abrasada de amor por la Eucaristía, deseaba que Jesús Hostia fuera adorado y respetado, dando a todos ejemplo de fervor. Tan apasionada se mostraba en ese empeño que el Papa Julio II la llamó «la loca del Sacramento», como aún es conocida en España.

Esta noble dama también era una gran devota de Nuestra Señora. Al comienzo de su testamento escribió: «En nombre de la bienaventurada Virgen gloriosa Santa María, […] a quien yo tengo por Señora y por Abogada en todos mis hechos y ahora, con devoto corazón, me ofrezco por su esclava y servidora y le ofrezco mi alma».[1]

Devoción desinteresada hasta la muerte

Dispuso que el día de su fallecimiento, ocurrido en 1529, los actos fúnebres de su entierro fueran sencillos, prohibió que se hablara sobre ella y mandó que el sermón se hiciera en honor del Santísimo Sacramento, lo cual manifestaba con mayor evidencia que todo cuanto había hecho en esta tierra no había sido más que por un amor puro y desinteresado para con Nuestro Señor en la Eucaristía.

El proceso diocesano de su beatificación ha sido concluido recientemente en la archidiócesis de Toledo, en cuyo territorio está situada Torrijos, localidad donde residió los últimos años de su vida.

Su cuerpo se conserva incorrupto y descansa en el monasterio de las Concepcionistas de esta última ciudad, convirtiéndose este hecho en una prueba para nosotros de cómo una vida recta, devota y compasiva atrae la benevolencia del Creador.

Donde esté tu tesoro, allí estará tu corazón

Se engaña el que piensa: «Es muy fácil llevar a cabo grandes empresas cuando se tiene prestigio social, buenas relaciones y una considerable fortuna». Lo que define el éxito en el emprendimiento de una obra es su elevada finalidad y la virtuosa intención de quien lo realiza y no el entorno o los medios disponibles; éstos contribuyen, ¡y cuánto!, pero no son determinantes. En las cosas de Dios, la gracia divina es lo que más cuenta; los factores humanos son secundarios. En la actualidad, hay mucha gente con poder, influencia y dinero… mas ¡cuán poco se aplica ese capital para la gloria de Dios y el bien del prójimo!

Consciente de que el cristiano ha de ser un fiel reflejo de la vida de Nuestro Señor Jesucristo y de su Madre Santísima, Teresa Enríquez fue un admirable ejemplo de fervor, humildad y caridad desinteresada. Supo depositar su corazón en el tesoro más grande que existe en esta tierra: el humilde Prisionero que se esconde bajo las especies del pan y del vino. ✧

---

[1] ENRÍQUEZ DE ALVARADO, Teresa. Testamento hológrafo, 30 de marzo de 1528. In: FERNÁNDEZ, Amaya. *Teresa Enríquez, la loca del Sacramento*. Madrid: BAC, 2001, p. 83.

salvadmereina.org

Esta noble dama supo depositar su corazón en el tesoro más grande que existe en esta tierra: Dios sacramentado

Cuerpo incorrupto de Teresa Enríquez - Convento de la Purísima Concepción, Torrijos (España)

Un hecho para meditar...

Eugène Pegre (CC by-sa 3.0)

A pesar de parecer inmerso en un sueño eterno, el monte Pelée guardaba en su interior una gran amenaza.

João Gabriel Biff

Ubicada en Martinica, pequeña isla francesa de las Antillas, en el mar Caribe, la ciudad de Saint-Pierre era conocida por su lujo y confort.

De relevante importancia en su paisaje, destacaba una montaña, conocida como monte Pelée, de 1350 metros de altitud. Aunque parecía estar inmersa en un sueño eterno, la elevación guardaba en su interior una gran amenaza…

Desde febrero de 1902, muchos animales habían sido vistos huyendo de los alrededores de la montaña, molestos por el fuerte olor a azufre que ésta exhalaba. Durante las noches, los perros no dejaban de aullar. En el mes de mayo, les recordó a los habitantes de Saint-Pierre su verdadera identidad: se trataba de un volcán.

La lluvia de cenizas era tan intensa que las ramas de algunos árboles se rompían al no poder soportar su peso. En la zona ya no se oía el canto de los pájaros. Muchas familias comenzaron a abandonar la isla, otras —miles— decidieron tomárselo con más optimismo y esperar a que los hechos se evidenciaran para actuar en consecuencia.

Finalmente, llegó el día 8 de mayo de 1902, en el que se conmemoraba la Ascensión del Señor. El cielo, adonde Cristo había subido hacía casi dos mil años, parecía hallarse cerrado a causa de grandes y opacas nubes. El volumen de explosiones volcánicas iba en aumento y numerosos habitantes optaron por huir de la isla, mientras las campanas convocaban a los fieles a los oficios de la solemnidad. A las 7.50 a. m., según narra el P. Nicolas Pinaud[1] en su estudio sobre el gran acontecimiento de Saint-Pierre, un ruido comparable al de centenares de sirenas de barcos sonando al mismo tiempo infestaba el aire y una nube humeante, espesa, negra y surcada de rayos escapaba del volcán. En un abrir y cerrar de ojos, se precipita sobre la ciudad, la cubre, la sofoca, sigue su camino hasta llegar al mar y, extendiéndose en todas direcciones, crece como una montaña de ceniza y fuego. En pocos instantes la región, tapada por un manto negro, se vuelve impenetrable.

Setenta segundos habían bastado para borrar a Saint-Pierre del mapa. Algunos de los hechos registrados denotan la fuerza de aquella explosión: una estatua de la Virgen de 5 toneladas, ubicada a 5 km del cráter, fue encontrada a una docena de metros de su pedestal; una campana que pesaba cerca de una tonelada quedó considerablemente deformada por el calor; de los 400 barcos varados en la ensenada tan sólo uno se salvó; de las 100 000 personas que vivían en la ciudad, 40 000 murieron quemadas, asfixiadas, fulminadas, electrocutadas.

¿Cuáles fueron las causas de este fenómeno?

Ante una tragedia como esta, es muy difícil no preguntarse qué lo ha provocado. ¿Habrá sido una mera coincidencia de ciertas condiciones naturales, fruto de la casualidad? ¿O quizá intervino algún factor externo a la naturaleza? Para tratar de responder, aunque no de una manera definitiva, dejemos a un lado complejas especulaciones científicas y consideremos algunos hechos que tuvieron lugar antes de la explosión.

Louis Garaud, haciendo referencia al carnaval en esa misma ciudad, afirma: «Nunca las saturnales en Roma, ni siquiera las bacanales en Grecia, ofrecieron semejante espectáculo; nunca la fiesta de los locos, en la Edad Media, exhibió tal rebosamiento de alegría. La imaginación no puede soñar con similares disparates humanos.[2]

Como si esto no fuera suficiente, se constataba también en algunos casos una postura directamente hostil a la fe. En la fiesta de Corpus Christi, Mons. De Cormont, obispo de Saint-Pierre, se vio obligado a acortar la procesión debido a las piedras y los insultos que recibió durante la misma. La persecución antirreligiosa había alcanzado tales proporciones que el prelado tuvo que dejar Martinica durante unos meses, a fin de calmar los ánimos. A su salida, un grupo de enemigos de la cruz aún le lanzaban proyectiles, contra los cuales Mons. De Cormont no tuvo otra respuesta que: «Vosotros nos tiráis piedras, el volcán os las devolverá». Con estas palabras —que hacen entrever una mal-

dición— se refería al monte Pelée, que hasta entonces parecía dormir…

En el carnaval de 1902, las fiestas adquirieron un carácter sacrílego. Muchos participantes, disfrazados de religiosos, se burlaban del cristianismo. Moerens, en su libro *Peregrinación fúnebre a las ruinas de Saint-Pierre*, narra: «Una multitud sumamente violenta e impía se esfuerza por descristianizar esta desdichada región. De miras estrechas y espíritu intolerante, los que han asumido la misión de dirigir la opinión pública no cesan, a propósito de todo y de nada, de difundir la blasfemia y menospreciar todo lo que hay de más respetable y sagrado».[3]

Un infame desafío a Dios

Al parecer, el clímax de esos despropósitos se dio el 28 de marzo de 1902, Viernes Santo, como lo declaraba un habitante de la isla a uno de los periódicos más famosos de París.[4] Cuenta que aquella alegre ciudad colonial se despertó con normalidad esa plácida y fresca mañana tropical. Tras las entreabiertas verandas se veían a las amas de casa apresurándose a ponerlo todo en orden antes de ir a la iglesia.

Mientras tanto, un bullicioso grupo se dirige a uno de los principales hoteles de la ciudad, donde había preparado un festín. Estos representantes del librepensamiento, para probar su independencia de espíritu, decidieron atiborrarse de los alimentos más grasos que se pudieron inventar, en contradicción con el precepto del ayuno y la abstinencia. Embriagados, esos hombres diabólicos comenzaron a recorrer las calles de la pequeña localidad, vociferando obscenidades y ridiculizando una imagen de Cristo que llevaban consigo.

Se ponen en marcha hacia la montaña. Catorce veces, entre infames blasfemias, la caterva se detiene, hace las estaciones parodiando el camino de la cruz y se burla de las escenas de la Pasión. Continúan subiendo, siempre más exaltados, inventándose a cada paso nuevos improperios. Finalmente, llegan a la cumbre… Se paran ante la abierta boca del volcán y, en medio de una algazara infernal, mofándose y gesticulando, arrojan al fondo del abismo la imagen de aquel que, diecinueve siglos antes, había muerto en rescate de sus almas ingratas.

El día de la Pasión se llevaba a cabo un ultraje de esa magnitud y el de la Ascensión la lava emergía para sepultar la ciudad donde se cometió el crimen. ¿Coincidencia? ¿Existe alguna relación entre esos hechos y la explosión del monte Pelée? No se puede afirmar de manera absoluta, pero le dejamos al lector que saque sus propias conclusiones.

Entre tanto, pasemos a una consideración que, a estas alturas del artículo, quizá sea tan inesperada como innegable: si hay una causa que sin duda se le puede atribuir a esa hecatombe de Saint-Pierre, consiste ella en el optimismo de las propias víctimas. A fin de cuentas, antes del cataclismo, no les faltaron avisos y signos premonitorios.

Frente a una catástrofe causada por la naturaleza, una masacre promovida por la codicia de los hombres, un castigo ejecutado por el brazo justiciero de Dios —o, quién sabe, las tres cosas juntas—, la peor actitud es la de aquel que prefiere descuidar la realidad de los hechos y continuar con su vida sedosa y soñolienta, como si no pasara nada. Es posible que un día, cuando despierte, ya sea demasiado tarde. ✧

---

[1] Cf. PINAUD, Nicolas. *L'éruption de la Montagne Pelée. On ne se moque pas de Dieu*. Avrillé: Le Sel de la Terre, 2010, pp. 13-14.

[2] GARAUD, Louis. *Trois ans a La Martinique*. Paris: Alcide Picard et Kaan, 1892, p. 70.

[3] MOERENS, U. *Pèlerinage funèbre aux ruines de Saint-Pierre, Martinique*. Paris: Desclée de Brouwer, 1903, pp. 60-61.

[4] Cf. PINAUD, op. cit., pp. 18-19.

Fotos: Reproducción

Setenta segundos habían bastado para borrar a Saint-Pierre del mapa. ¿No sugiere este fenómeno una meditación?

Ruinas de Saint-Pierre (Martinica) tras la catástrofe. En la página anterior, el monte Pelée

Amor a la autoridad y al sacerdocio

El arte de educar a un niño consiste en inculcarle el amor a la autoridad. Por su ejemplo y palabras, Dña. Lucilia les enseñó a sus hijos a venerar lo que era superior a ellos, especialmente las almas consagradas a Dios.

Plinio Corrêa de Oliveira

En la época en que formé mi espíritu, la Revolución insistía mucho en un punto pésimo, en el que hoy ya no insiste porque cree que ha vencido la batalla. Cuando yo era joven, la batalla estaba casi ganada, pero aún quedaba algo que se resistía a la Revolución.

La idea era la siguiente. La bondad consistiría fundamentalmente en no causar sinsabor, tristeza, mala disposición de alma a nadie. Así, todo lo que representara autoridad sería, en cierto modo, contrario a la bondad. Esto se debe a que la autoridad impone el cumplimiento de la ley y toda ley disgusta a alguien en algo. La autoridad tendría, por tanto, la finalidad de contrariar y hacer sufrir a los otros. Luego, el mundo ideal sería aquel en el que no existiera autoridad.

La autoridad es amiga de los hombres

En primer lugar, no es cierto que la autoridad tenga como finalidad causar sufrimiento. Al contrario, el mundo sería un infierno si no hubiera autoridad que impidiera a los malos atormentar a los buenos. Porque existe autoridad es por lo que, por ejemplo, los ladrones no pueden robar —o roban lo menos posible— y los asesinos tiene miedo de matar. Se puede circular tranquilo por las calles porque hay leyes de tráfico y autoridades encargadas de hacer cumplir esas leyes; de lo contrario, o bien no se usarían vehículos y la gente se vería obligada a ir a pie, o bien los vehículos estarían atropellando a las personas a cada momento.

Es decir, la autoridad existe para hacer cumplir las leyes y proteger a los buenos. Es amiga de los hombres, no una enemiga. Les hace sufrir —eso es otra cuestión—, a causa del pecado original.

En efecto, después de la falta de Adán, el hombre se ha visto inclinado hacia el mal y sujeto a error. La autoridad se opone a que haga lo que no debe y, por consiguiente, de alguna manera su presencia es desagradable. Si imaginamos, no obstante, una sociedad sin autoridad, comprenderemos cuán deleitosa es su presencia.

La autoridad es como un pasamanos bonito y bien construido: al imponer límites, ayuda a caminar y protege a las personas

El pasamanos de una escalera

Un ejemplo más concreto de esa realidad lo encontramos en el pasamanos de una escalera.

A menudo, a los niños les gusta bajar por el pasamanos de la escalera en lugar de hacerlo por los escalones. Si la barandilla es muy lisa y se presta para ello, se deslizan de arriba abajo. Puede ser divertido, pero es una imprudencia. Si un niño se cae desde cierta altura podría lastimarse la columna y quedarse paralítico. Si tuviera diez años y viviera hasta los noventa, pasaría ochen-

Marjolie Taniguchi

Escalera y pasamanos de piedra

ta años tendido en la cama, a la espera de la liberación de la muerte, porque no consideró la autoridad que lo obligaba a respetar el pasamanos.

La autoridad juega el papel de un pasamanos en la vida: ayuda a caminar, protege a las personas. Todo esto la hace presentable y agradable, como ocurre con una barandilla bien construida y bonita.

Un tono de voz que inculcaba respeto por la autoridad

El arte de educar a un niño consiste en formarlo haciéndole ver el lado razonable de la autoridad y el bello aspecto de la jerarquía, a fin de que ame la obediencia. Así pues, se vuelve amigo de la Contra-Revolución, en lugar de hacerse amigo de la Revolución.

La actitud de mi madre ante este problema era la siguiente.

Su voz, aunque no fuera de cantante, era muy agradable para la conversación, llena de inflexiones. E inflexiones muy suaves, dulces, que correspondían a los movimientos de su temperamento y expresaban lo que quería expresar. A causa de ello tenía también tonos muy graves, profundos, que no eran a manera de regañina, sino que hacían ver la gravedad de lo que estaba diciendo.

Su temperamento era capaz de manifestar una gran seriedad y, al hablar, solía tomarse muy en serio todo lo que decía. Cuando mencionaba a cualquier autoridad, hablaba con cierto respeto y tenía una forma de modular la voz que nos hacía sentir por qué y de qué manera esa autoridad era respetada.

Veneración para con el sacerdocio

Esto ocurría, por ejemplo, en la manera en que se refería a un sacerdote.

Mi padre tenía un primo que era cura; se llamaba Luis Cavalcanti. Era un hombre muy inteligente; había estado soltero hasta la madurez y, en determinado momento, decidió hacerse sacerdote; se ordenó en la archidiócesis de Río de Janeiro.

Reproducción

Doña Lucilia y Plinio
en Aguas da Prata (Brasil)

Por su actitud hacia quienes representaban la autoridad, Dña. Lucilia les enseñó a sus hijos a amar la jerarquía

Mantenía muy buena conversación. Entonces cuando venía a São Paulo era invitado a nuestra casa para comer o cenar. También asistían parientes de mi madre, para oír las palabras de ese primo de mi padre. Y hacían bien, porque era sacerdote y sostenía discusiones con algunos de mis tíos que eran ateos.

En esas discusiones se encontraba en una posición ventajosa por su cultura e inteligencia, pero argüía con cortesía y amenidad. De manera que a esos tíos míos incrédulos hasta les gustaba rendirse y se reían; el sacerdote, cuando los ponía contra la pared, también reía de un modo amable y todo ello constituía una conversación muy afable. Yo, porque era muy pequeño, no entendía bien los temas que trataban, pero me agradaba observar el juego de fisonomías, los tonos de voz, las actitudes de las personas.

Mi madre tenía un hermano muy listo, que le hacía al sacerdote preguntas provocadoras. Yo me quedaba mirando al cura y pensaba: «Esta vez parece que está contra las cuerdas». Él le escuchaba con mucha calma y le decía: «Sabe usted, eso hay que considerarlo desde un enfoque diferente». Le daba un giro al planteamiento, lo ponía en el punto justo y a mi tío le salía el tiro por la culata.

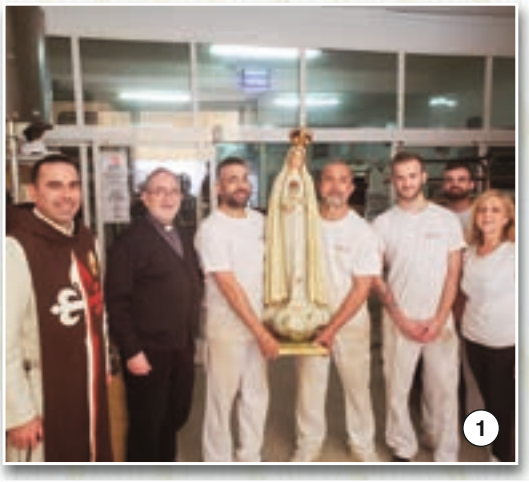
Cuando Dña. Lucilia hablaba de ese pariente, nunca lo hacía sin una inflexión de voz propia a dar a entender que, además de ser un primo de su marido —por tanto, también su primo—, se trataba de un sacerdote de la Iglesia Católica. Jamás decía «el primo Luis», sino «el padre Luis» y, posteriormente, «el canónigo Luis». Las palabras *padre* y *canónigo* adquirían una inflexión que expresaba toda su veneración por él, porque era un ministro de Dios.

El modo con el que mi madre decía «padre» o se refería a él, lo trataba o tenía para con él atenciones especiales y una actitud solícita que no tenía con los demás parientes, hacía que los niños aprendieran qué era un sacerdote, incluso antes de comprender la doctrina católica sobre el sacerdocio. De esta manera, el corazón quedaba predispuesto para recibir lo que la fe habría de mostrar después, a través de las enseñanzas de la Iglesia. ✧

Extraído, con adaptaciones, de: «Formando os filhos no amor à autoridade». In: *Dr. Plinio*. São Paulo. Año XIV. N.º 155 (feb, 2011); pp. 6-8.

Fotos: Roberto Salas

Guatemala – El Triduo Pascual fue celebrado con solemnidad en la casa de los Heraldos del Evangelio de ese país, en la localidad de San José Pinula. En las fotos, aspectos de las ceremonias del Jueves Santo (a la izquierda) y de la Vigilia Pascual (a la derecha). También se realzó un Vía Crucis procesional (en el centro), en el que participaron unas 400 personas.



Fotos: Eric Salas

España – En abril, los misioneros heraldos recorrieron las parroquias de la Inmaculada Concepción de Herencia (fotos 1 y 2) y la de Cartagena (foto 3), llevando la imagen de la Virgen de Fátima a casas particulares, colegios y comercios. En febrero, 130 personas hicieron su solemne consagración a la Santísima Virgen en ceremonias realizadas en la parroquia de Santa María de Gracia, de Barcelona (foto 4), y en la iglesia de San Juan de los Panetes, de Zaragoza (foto 5).

In memoriam

P. Luis Alberto Blanco, EP

Dedicado impulsor de la revista «Heraldos del Evangelio» y fervoroso sacerdote

Dejando una profunda añoranza en los colaboradores de esta revista, en particular, y en los Heraldos del Evangelio, en general, el día 20 de abril partía para la eternidad, a los 59 años, el Rvdo. D. Luis Alberto Blanco Cortés, EP, tras haber estado luchando durante casi un año contra un cáncer que acabó segándole la vida.

Natural de la ciudad de Zaragoza (España), ingresaba en el número de los discípulos del Prof. Plinio Corrêa de Oliveira de esta nación ibérica a los 18 años, destacándose enseguida por su dedicación en las lides por la causa católica y por su comunicativa alegría, fruto de una fe intensa, fortalecida al pie de Nuestra Señora del Pilar.

Por su singular capacidad intelectual, se convirtió en colaborador directo del Dr. Plinio en la elaboración de varias obras, lo que le permitió recibir una sólida formación del futuro fundador de los Heraldos, todavía seglar, Mons. João Scognamiglio Clá Dias, con quien siempre tuvo gran cercanía y afinidad espiritual.

Desde los comienzos de la creación de la revista *Heraldos del Evangelio*, puso mucho afán en la organización y la promoción de los trabajos de ésta, cooperando de manera decisiva a definir su actual línea editorial.

Ordenado sacerdote en 2016, ejerció celosamente su ministerio, principalmente como dedicado capellán de la rama femenina de los Heraldos del Evangelio. ✧

Reproducción

João Paulo Rodrigues

Lúcio César Rodrigues

El P. Luis Alberto Blanco en sus primeros años de militancia católica (izquierda); saludando al fundador el día de su ordenación diaconal (centro); después de su primera misa, con algunos colaboradores de la revista «Heraldos del Evangelio» (derecha).

Fotos: Juan Pladevall

República Dominicana – Gran número de personas se han consagrado a María Santísima en ese país; a la izquierda, ceremonia realizada en la parroquia de Nuestra Señora de la Anunciación, de Santo Domingo. A la derecha, peregrinación anual de la asociación al santuario de Nuestra Señora de la Altagracia, que tuvo lugar el 27 de marzo.

Primer sacerdote ordenado en Omán

Omán es un pequeño sultanato localizado en la península arábiga, de mayoría musulmana y con tan sólo un 2% de población católica, lo que equivale a cerca de 60 000 fieles. Las autoridades, no obstante, les permiten la administración de escuelas y la reunión para el culto; en el pasado, el sultán llegó a contribuir a la construcción de templos cristianos y le donó un órgano a la iglesia de Mascate, la capital.

En este año, la solemnidad de la Anunciación del Señor trajo una gran alegría para esa comunidad católica, perteneciente al vicariato apostólico de Arabia meridional, pues en ella se realizó la primera ordenación presbiteral de su historia.

El sacerdote ordenado fue el P. Dickson Eugene, de la inspectoría salesiana de Bangalore, India, pero que pasó la mayor parte de su vida en Omán. Monseñor Paul Hinder, OFM Cap, por entonces vicario apostólico de Arabia Meridional y administrador sede vacante de Arabia septentrional, presidió la ceremonia, que tuvo lugar en la parroquia de San Pedro y San Pablo, de Mascate.

Confirmada una vez más la autenticidad de la Sábana Santa

Arrojando nueva luz, tras las polémicas suscitadas por los análisis del Santo Sudario de Turín realizados en 1988 con la controvertida técnica de datación por carbono-14, el 11 de abril se publicó el resultado de un nuevo estudio, basado en el innovador método de dispersión de rayos X de gran angular, el cual indica que la reliquia tiene cerca de dos mil años, dato que corresponde a la fecha de la muerte y resurrección de Nuestro Señor Jesucristo.

El estudio, iniciado en 2019, estuvo dirigido por el científico Liberato De Caro, del Instituto de Cristalografía del Consejo Nacional de Investigación, de Bari, en colaboración con el profesor Giulio Fanti de la Universidad de Padua. El método utilizado permitió examinar el envejecimiento natural de la celulosa en una muestra del famoso lino de la Síndone.

arautos.org

Reliquias de Santa Bernadette recorren Estados Unidos

Por primera vez en la Historia, las reliquias de Santa Bernadette Soubirous, vidente de Lourdes, dejaron el continente europeo y atravesaron el Atlántico para recorrer el vasto territorio estadounidense. La peregrinación es fruto de una petición hecha por el arzobispo de Miami, Mons. Thomas Gerard Wenski, al santuario de Lourdes.

Conservadas en una bella urna, las reliquias llegaron a la iglesia de Nuestra Señora de Lourdes, de Miami, el 7 de abril. La peregrinación se extenderá hasta el 4 de agosto, con visitas programadas a treinta y dos parroquias, de veintiséis diócesis del país

Seminario es profanado en Ucrania

Monseñor Vitaliy Kryvytskyi, SDB, obispo de la diócesis de Kyiv-Zhytomyr, informó que el seminario de Vorzel, en el municipio de Irpin, cerca de Kiev, fue invadido y profanado por soldados rusos, que destruyeron algunas imágenes, entre ellas una de Nuestra Señora de Fátima, y saquearon objetos litúrgicos, destacándose un cáliz utilizado por Juan Pablo II durante su visita al país, en 2001.

Carmen Rodeia, directora del Gabinete de Comunicación del Santuario de Fátima, de Portugal, declaró a la agencia *Lusa* que el santuario desea ofrecer una imagen de la Virgen de Fátima al seminario, en sustitución de la que fue vandalizada, sobre todo debido a la forma brutal con que la comunidad se vio privada de ella.

Camerún renueva su consagración al Inmaculado Corazón de María

Devastada por una guerra interna que dura ya cinco años, la República de Camerún atraviesa un momento crítico de su historia. Por eso, los obispos de esa nación africana promovieron una peregrinación nacional al santuario mariano de Marienberg, ubicado en la región costera de Edea, para pedir la paz.

La peregrinación comenzó el sábado, día 23, con una vigilia de oraciones, la cual culminó con la renovación de la consagración del país al Inmaculado Corazón de María, realizada en la mañana del domingo durante una solemne Eucaristía presidida por Mons. Abraham Boualo Kome, obispo de Bafang y presidente de la Conferencia Episcopal de Camerún.

Curso de perfeccionamiento en canto litúrgico en Italia

El Coperlim, curso patrocinado por el Pontificio Instituto de Música Sacra de Roma, que hace años viene favoreciendo la formación litúrgica y musical de la Iglesia en Italia, fue renovado y relanzado por la Conferencia Episcopal Italiana. Destinado a todos aquellos que actúan en las parroquias o institutos religiosos, el curso también es muy aprovechado por las escuelas de música sacra en todo el territorio nacional.

Las novedades presentadas en el método de enseñanza incluyen la creación de un módulo *online* de estudio, además de clases sobre diferentes te-

El «Rosario de hombres» se extiende por ciudades europeas

Ni siquiera la inclemencia de las bajas temperaturas impidió que varones de fe se unieran en torno al Santo Rosario para pedir por la paz, el 2 de abril.

Pertenecen al grupo del «Rosario de hombres» de Varsovia —*Męski Różaniec Warszawa*—, el cual publicó en sus redes sociales algunas impresionantes imágenes que dejaron admirados a católicos del mundo entero: un Rosario procesional por las calles de la capital polaca, bajo la nieve y el frío gélido, encabezado por un cuadro de la Santísima Virgen.

Siguiendo su ejemplo, el 23 de abril, la plaza de la Villa, de Madrid, se vio abarrotada por centenares de hombres que, con singular fervor, rezaron también esa oración mariana. Su objetivo era, según la organización homóloga en la nación española, cumplir la voluntad de Nuestra Señora, quien pidió en distintas apariciones que se rezara el Rosario para alcanzar la salvación y la paz en el mundo.

Igualmente, en Ucrania, Inglaterra y Estados Unidos se está promoviendo el «Rosario de hombres», cuyos organizadores esperan que dicha devoción se vuelva cada vez más frecuente y llegue a extenderse en todo el orbe.

twitter.com/RadioMariaSpain

facebook.com/meskirozaniecwawa

facebook.com/meskirozaniecwawa

Cientos de miembros del «Rosario de hombres» rezando en la plaza de la Villa de Madrid (foto 1) y en las calles de Varsovia (fotos 2 y 3)

mas que pretenden profundizar en el conocimiento teórico y práctico de la música y de la liturgia.

Religiosa salva a sacerdote de la muerte en Niza

Lugar donde ocurrió un atentado terrorista religioso en 2020, la ciudad de Niza se convirtió nuevamente en escenario de violencia el 24 de abril. Esta vez el acto criminal tuvo como objetivo el sacerdote polaco Krzysztof Rudzinski, de 57 años, que se preparaba para el inicio de la celebración Eucarística en la iglesia de Saint-Pierre-d'Arène. Fue atacado por un ciudadano francés, identificado como Kein R., quien invadió el templo y le asestó más de veinte puñaladas.

El sacerdote fue salvado de la muerte por la Hna. Marie-Claude, de 72 años, que se lanzó al encuentro del agresor e, incluso herida en el brazo, le arrancó el cuchillo de sus manos. Ambos religiosos recibieron atención en el centro de salud local. El agresor fue arrestado, revelando padecer problemas psiquiátricos.

gaudiumpress.org

Fallece en São Paulo el salesiano más anciano del mundo

El P. Ladislau Klinicki, OSB, de la comunidad salesiana Santa Teresita, de São Paulo (Brasil), era considerado el salesiano más longevo del mundo y vino a fallecer, con 107 años, el día 12 de abril.

Nacido en la ciudad rusa de Kursk, en 1914, el P. Klinicki hizo su profesión religiosa como salesiano en 1934 y fue ordenado sacerdote en Varsovia en 1943. En tiempos de la Segunda Gran Guerra, pasó cinco años en los campos de concentración nazis.

Al llegar a Brasil en 1968, desarrolló una intensa actividad apostólica en el estado de São Paulo, tanto en el interior como en la capital, habiendo recibido de la archidiócesis paulistana, en 2020, la medalla San Pablo Apóstol, en la categoría de servicio sacerdotal. La acción misionera del P. Klinicki, en sus últimos años de vida, se destacó por su permanente disponibilidad en el ministerio de la Confesión.

El diario de un grano de trigo

Esa era la idea que tenía yo en el pasado. En este momento en el que cuento mi vida, no obstante, soy consciente de que había sido designado para algo infinitamente más elevado.

Lorena Mello da Veiga Lima

Queridos amigos, hoy deseo contaros la historia de mi vida. Me llaman trigo, al igual que los innumerables miembros de mi familia.

Todo empezó cuando yo era una semillita: un sembrador me plantó con mucho cariño en un inmenso campo y fue siguiendo mi crecimiento. Mis primeros recuerdos son los de aquel campesino cuidándonos a mí y a mis hermanos, también simientes.

Sin embargo, creedme: ¡nuestro desarrollo no fue nada fácil! Hubo un momento en el que casi acabamos ahogados en medio de lluvias torrenciales; en otra ocasión, una horrible sequía estuvo a punto de extinguirnos. Pero en todas las aflicciones el cauteloso agricultor estaba a nuestro lado, esforzándose por salvarnos.

El tiempo fue pasando y surgió entonces una prueba peor: descubrimos que entre nosotros había intrusos. Sí, ¡intrusos! La maldita cizaña que pretendía perjudicar nuestra misión. Una de esas espigas nos dijo una vez:

—¡Jamás, granos de trigo, os convertiréis en alimento! ¡Nos hemos introducido en este campo para arruinar la cosecha!

Indignado, le respondí:

Nos recogieron, cizaña y trigo, y nos separaron. A continuación, nos llevaron a un sitio desconocido

—¡Estáis locas! El labrador nunca permitirá esa maldad; percibirá quienes sois e impedirá tal crueldad.

—¡Jajaja! ¡Cuánta ignorancia! —replicó el adversario—. ¿No ves cuánta similitud hay entre nosotros? Ni siquiera se dará cuenta de que somos diferentes.

No entendía cómo alguien podía ser tan ruin y le pregunté:

—¿Por qué tienes tan malas intenciones?

Y, horrorizado, le escuché decirme estas palabras:

—Porque envidio y odio el amor que el agricultor tiene por vosotros. Por eso no permitiré que os convirtáis en plantas adultas, aptas para la alimentación.

No sabía cómo contestarle. ¿Cómo era posible que alguien odiara los planes que aquel campesino tenía con respecto a nosotros?

Fue en esa circunstancia cuando descubrí que nuestro cultivo estaba destinado para la nutrición humana. ¡Qué extraordinario! Habíamos sido llamados para esto: alimentar.

Ilustraciones: Tatiana Villegas

No obstante, tengo que aclararos, queridos amigos, que esa era mi idea en el pasado; ahora, en el momento que narro mi vida, soy consciente de que he de realizar esta misión de una manera más elevada, ¡infinitamente más alta!

Estábamos preocupados por saber si el labrador reconocería la invasión enemiga en nuestro campo. Le rezábamos a la Virgen pidiéndole su inefable auxilio en esa difícil situación. Cuando él nos visitaba parecía que no notaba la presencia de la cizaña. Íbamos creciendo atemorizados junto a aquellas traidoras. Hasta que llegó el tiempo de la cosecha.

El día señalado, no apareció nuestro señor, sino uno de sus operarios. Este hombre sería quien haría la siega… Muchos de nosotros sollozaban, pensando que no nos distinguiría de la cizaña. Pero algo en mi interior me inspiraba palabras de confianza y de paz: «El agricultor nos salvará». Reconfortado por esta sensación traté de motivar a los demás en esa misma certeza. Gracias a la intercesión de María, todos recuperaron la valentía, animándose mutuamente. Y fuimos cortados de la tierra.

Nos recogieron, cizaña y trigo, y nos llevaron a otro sitio. ¡Allí estaba esperándonos nuestro buen campesino! Nos congratulamos muchísimo de volver a verlo, sabiendo que en él se hallaba nuestra salvación. ¡Y, oh alegría, él fue quien nos separó de los enemigos! Fueron arrojados al fuego, desesperados al contemplar cómo se frustraban sus planes.

A nosotros nos agruparon en haces y nos enviaron a otro sector. Esa fue la última vez que vimos a nuestro sembrador y agricultor. A pesar del dolor que esto significaba, nos sentíamos satisfechos, porque sabíamos que nos destinaba a un futuro prometedor.

Nos llevaron a un lugar en el que tuvimos que sufrir mucho. Y yo que pensaba que lo peor de nuestra existencia ya había pasado, pero no era así: ¡estaba a punto de suceder! Gente que no conocíamos nos tostaron y nos trituraron. ¡Dios mío, cómo dolía! A continuación, nos mezclaron con agua, lo que hizo que nos transformáramos en una masa blanquecina.

También había allí unas máquinas enormes y extrañas. En ellas nos echaron y nos comprimieron en una placa para horno, bajo un calor extremo, hasta formar varios discos de harina.

Estuvimos una noche entera apilados, sin entender qué nos estaba pasando. A la mañana siguiente, las

Cuando nos dimos cuenta, ¡ya éramos pan! Aunque un pan diferente…

mismas personas que trabajaban con aquellas máquinas nos llevaron a otro tipo de equipamientos, que lanzaban vapor sobre nosotros.

En medio de tanto martirio, sin atinar con el motivo de ese proceso, lo único que hacíamos era rezarle a Dios continuamente.

Después de largas horas, estábamos bastantes húmedos. Luego nos pusieron en una tercera máquina, cuya función era cortarnos en círculos más pequeños. ¡Fue una horrible sucesión de torturas!

Finalmente nos guardaron en un tarro. Nadie sabía qué estaba ocurriendo. Únicamente nos consolaba un hecho: estábamos todos juntos, unidos más que nunca… ¡por no decir que éramos uno solo!

Cuando nos dimos cuenta… ¡ya éramos pan! Aunque un pan diferente, no de esos corrientes que se encuentran en las panaderías.

Pasamos unos días de mucha expectación. ¿Qué sucedería con nosotros? Sabed, amigos míos, que el dolor de la espera es tremendo. Hasta que una mano misteriosa nos sacó de nuestro recipiente: era un monje que estaba preparando el material para la santa misa.

En ese mismo momento es cuando os estoy contando la historia de mi vida. ¡Somos hostias destinadas a la consagración! Para esto fuimos sembrados. ¡Cuánta emoción! No sé cómo contener las lágrimas… ¡Adiós, amigos!

* * *

Aquí terminan las palabras del piadoso grano de trigo. Ahora otra letra, escrita en oro, marca estas líneas:

Soy el ángel que cuidó del trigal y fue observando la existencia de ese grano de trigo, cuya narración deseo terminar.

Cuando el sacerdote formuló las palabras de la transubstanciación, aquel trigo dejó de existir, quedando sólo su apariencia. Ya no era pan, sino Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad de Nuestro Señor Jesucristo. Yo protegí esos granos, para que un día pudieran ser partícipes de este sublime milagro.

Sabed, queridos lectores, que en la vida humana también sucede algo similar. Podéis pasar por innumerables dificultades y luchas, pero tened confianza en el Dios que os ha creado y en la Madre de misericordia. Ellos tienen altísimos designios para vosotros. Estáis llamados a la santidad heroica; por tanto, no os desaniméis nunca, porque os está destinado un gran premio, si perseveráis hasta el final. ✧

Los santos de cada día

1. San Justino, mártir (†c. 165 Roma).

Beato Juan Bautista Scalabrini, obispo (†1905). Prelado de Piacenza, fundador de los Padres Scalabrinianos y de las Hermanas Misioneras de San Carlos Borromeo.

2. Santos Marcelino y Pedro, mártires (†304 Roma).

San Nicolás, peregrino (†1094). Recorría la región de Apulia, Italia, llevando un crucifijo en la mano e invocando sin cesar el perdón de Dios.

3. San Carlos Lwanga y doce compañeros, mártires (†1886 Kampala - Uganda).

San Cono, monje (†s. XIII). Cenobita del convento de Santa María de Cadossa, en Lucania, Italia, que murió muy joven.

4. San Felipe Smaldone, presbítero (†1923). Apóstol de los sordomudos y los ciegos indigentes, fundó en Lecce, Italia, la Congregación de las Hermanas Salesianas de los Sagrados Corazones.

5. Solemnidad de Pentecostés.

San Bonifacio, obispo y mártir (†754 Dokkum - Países Bajos).

San Franco, eremita (†s. XII). Llevó una vida de contemplación y penitencia en una estrecha cueva, cerca de Assergi, Italia.

6. Bienaventurada Virgen María, Madre de la Iglesia.

San Norberto, obispo (†1134 Magdeburgo - Alemania).

Beato Guillermo Greenwood, mártir (†1537). Monge cartujo, encarcelado en el reinado de Enrique VIII de Inglaterra. Murió víctima del hambre y de las enfermedades contraídas en la prisión.

7. Beata Ana de San Bartolomé, virgen (†1626). De la Orden de las Carmelitas Descalzas, discípula y confidente de Santa Teresa de Jesús, dotada de dones místicos.

Syrio (CC by-sa 4.0)

San Columba - Catedral de San Egidio, Edimburgo

8. Santa María Teresa Chiramel Mankidiyan, virgen (†1926). Fundó en Kerala, India, la Congregación de las Hermanas de la Sagrada Familia.

9. Jesucristo, Sumo y Eterno Sacerdote.

San Efrén, diácono y doctor de la Iglesia (†373 Edesa - Turquía).

San Columba, abad (†597). Gran apóstol de Irlanda y de Escocia, fundó el monasterio de Iona, el cual tuvo bajo su jurisdicción a más de cuarenta cenobios.

10. Beato Eustaquio Kugler, religioso (†1946). Dotado de gran virtud y capacidad organizativa, ejerció importantes cargos en la Orden de los Hermanos Hospitalarios de San Juan de Dios.

11. San Bernabé, apóstol.

Beata María Schininà, virgen (†1910). De familia noble, renunció a los bienes terrenales para cuidar a enfermos, abandonados y pobres. Fundó con ese objetivo en Ragusa, Italia, la Congregación de las Hermanas del Sagrado Corazón de Jesús.

12. Solemnidad de la Santísima Trinidad.

Beata Mercedes María de Jesús Molina, virgen (†1883). Fundadora del Instituto de las Hermanas de Santa Mariana de Jesús, en Riobamba, Ecuador, para atender y formar a niñas huérfanas y pobres.

13. San Antonio de Padua, presbítero y doctor de la Iglesia (†1231 Padua - Italia).

Beata Marianna Biernacka, mártir (†1943). Madre de familia, se ofreció a ser llevada prisionera en lugar de su nuera, que estaba encinta. Fue fusilada en Naumowicze, Polonia.

14. Beata Francisca de Paula de Jesús, laica (†1895). Hija y nieta de esclavos en el estado de Minas Gerais, Brasil, se quedó huérfana a los 10 años y dedicó toda su vida a la oración y al servicio de los más necesitados.

15. Santa María Micaela del Santísimo Sacramento, virgen (†1865 Valencia - España).

Beata Albertina Berkenbrock, virgen y mártir (†1931). Asesinada a los 12 años en San Luis, Brasil, por defender heroicamente su castidad.

16. Santa Lutgarda, virgen (†1246). Religiosa favorecida con apariciones del Sagrado Corazón de Jesús. Ofreció su vida por la conversión de los pecadores, especialmente de

los herejes albigenses de la región de Aywières, Bélgica.

17. San Hipacio, abad (†446). De vida austera y duros ayunos, se instaló en un monasterio abandonado de Calcedonia, Asia Menor, lo restauró y formó una próspera comunidad.

18. Santa Isabel, virgen (†1164). Superiora del monasterio benedictino de Schönau, Alemania.

19. Solemnidad del Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo.

San Romualdo, abad (†1027 Marcas - Italia).

Beata Miguelina, viuda (†1356). Ingresó en la Tercera Orden Franciscana, en Pesaro, Italia. Vendió todos sus bienes, entregó el dinero a los pobres y llevó una vida de oración.

20. Beata Margarita Ball, mártir (†1584). Viuda septuagenaria que acogía en su casa a sacerdotes perseguidos. Denunciada por su propio hijo, fue sometida a torturas en una prisión de Dublín, Irlanda, donde murió.

21. San Luis Gonzaga, religioso (†1591 Roma).

San Meveno, abad (†s. VI). Habiendo nacido en Gales, se retiró a un bosque de Bretaña. Fundó en la actual comuna de Saint-Meén-le-Grand, Francia, el monasterio que hoy lleva su nombre.

22. San Paulino de Nola, obispo (†431 Nola - Italia).

Santos Juan Fisher, obispo, **y Tomás Moro,** mártires (†1535 Londres).

San Eusebio de Samosata, obispo y mártir (†379). Asesinado al ser golpeado en la cabeza con una teja, arrojada por una mujer arriana, mientras visitaba a los fieles de Dülük, Turquía.

23. Solemnidad de la Natividad de San Juan Bautista (transferida este año).

Beata María de Oignies (†1213). Siendo aún joven, con el consentimiento de su marido renunció al mundo y se dedicó a obras de misericordia. Fundó y reglamentó el instituto llamado de las beguinas.

24. Solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús.

San Goardo, obispo y mártir (†843). Obispo de Nantes, Francia, asesinado, junto con muchos fieles, por los invasores normandos, mientras celebraba una misa solemne en la catedral.

25. Inmaculado Corazón de María.

Beata María Lhuillier, virgen y mártir (†1794). Religiosa de las Hermanas Hospitalarias de la Misericordia decapitada durante la Revolución francesa, en Laval, por su fidelidad a la Iglesia en los votos religiosos.

Reproducción

Beata Luisa Teresa Montaignac
Capilla del Sagrado Corazón de Jesús, Montluçon (Francia)

26. XIII Domingo del Tiempo Ordinario.

San Pelayo, mártir (†925 Córdoba - España).

Beato Raimundo Petiniaud de Jourgnac, presbítero y mártir (†1794). Por ser sacerdote, fue encarcelado en pésimas condiciones en un barco anclado en Rochefort, Francia, y allí murió cubierto de heridas y corroído por gusanos.

27. Nuestra Señora del Perpetuo Socorro.

San Cirilo de Alejandría, obispo y doctor de la Iglesia (†444 Alejandría - Egipto).

Beata Luisa Teresa Montaignac de Chauvance, virgen (†1885). Fundadora de la Pía Unión de las Oblatas del Sagrado Corazón de Jesús, de Montluçon, Francia.

28. San Ireneo, obispo y mártir (†c. 202 Lyon - Francia).

Santa Vicenta Gerosa, virgen (†1847). Junto con Santa Bartolomea Capitanio, fundó el Instituto de las Hermanas de la Caridad, de Lóvere, Italia.

29. Solemnidad de los Santos Pedro y Pablo, apóstoles.

Santa Ema, viuda (†c. 1045). Tras el fallecimiento de su esposo, el conde de Sann, entregó muchos de sus bienes a los pobres y a la Iglesia, en Gurk, Austria.

30. Santos Protomártires de la Iglesia de Roma (†64 Roma).

Santa Erentrudis, abadesa (†c. 718). Encargada del monasterio de Nonnberg, Austria, por San Ruperto, introdujo la regularidad monástica y mejoró la vida de oración, de la que fue ejemplo.

Ostensorios vivos

Nuestra mirada no percibe el cristal de la custodia, pero lo atraviesa para adorar a Dios escondido bajo la especie del pan. ¿Tendrá este hecho algún simbolismo más elevado?

Jeniffer de Jesús Exposto Santana

Una luz tenue en el interior del recinto sagrado invita a la intimidad con Dios, en el recogimiento y la oración. No me refiero a ninguna gran basílica, sino a la acogedora capilla lateral, donde se puede adorar a Jesús en la hostia consagrada, expuesta en el ostensorio.

Todo el lugar se encuentra en penumbra; sólo el Santísimo Sacramento está iluminado. Llena de reverencia, la Iglesia eleva sus alabanzas en el himno gregoriano *Adoro te devote*: «Te adoro con devoción, Dios escondido, oculto verdaderamente bajo estas apariencias. A ti se somete mi corazón por completo, y se rinde totalmente al contemplarte».

Los objetos litúrgicos de ese sitio se armonizan con el ambiente, glorificando, cada uno a su modo, al «Pan vivo que da vida al hombre», conforme canta la secular melodía. Analicemos, sin pretender desviar la atención de lo principal, que es Nuestro Señor Jesucristo, uno de ellos.

Concebido únicamente para exponer la sagrada especie durante los momentos de vigilia, el ostensorio actúa como «guardia de honor» de la Eucaristía, custodiándola en un dignísimo entorno mientras los católicos le dedican actos de fe, amor y confianza. Por su importante función, la piedad quiso fabricarlo con metales valiosos: a veces el oro fino o la plata pura son la materia prima de su estructura. Representaciones de ángeles o de los doce Apóstoles pueden adornar la pieza, transformándola en una auténtica obra de arte. Las piedras preciosas, sin duda, adquieren destaque, al celebrar con su belleza al Rey del universo.

También podríamos resaltar los rayos o la lúnula que soporta el viril con la forma consagrada. Sin embargo, me gustaría destacar el vidrio o cristal cilíndrico, cuya transparencia permite que nuestra mirada pose sobre la Sagrada Hostia. Posee cierta dignidad material, pero su simbolismo va más allá de cualquier valor pecuniario.

El cristal permanece muy cerca de Jesús Hostia, lo envuelve y protege. Es indispensable mantenerlo siempre limpio y translúcido para que el adorador venere, bajo el velo de la fe, a aquel mismo Mesías que, durante su vida terrena en Israel, curó a enfermos, consoló a afligidos, afianzó a débiles, resucitó muertos, castigó a los malos, expulsó demonios, enseñó la verdad, derramó su sangre, destruyó a la muerte, redimió a la humanidad.

Nuestra mirada, no obstante, atraviesa el cristal y no siempre lo nota. A lo sumo, el reflejo de la luz nos recuerda su existencia. Está ahí para cumplir un designio, sin preocuparse por ser admirado; no busca atenciones, su objetivo es únicamente proteger y manifestar la Hostia mientras se le dedican actos de culto.

¿Tendrá este hecho alguna aplicación para nuestra vida espiritual?

En una de sus poesías, Santa Teresa del Niño Jesús aseguraba: «Por su presencia, soy una custodia viviente».[1] En efecto, el bautizado en estado de gracia tiene a Dios habitando y actuando en su alma. En estas condiciones, al igual que el pulido cristal del ostensorio, se convierte en un modelo para sus demás hermanos en la religión, revelándoles a Nuestro Señor Jesucristo mediante el buen ejemplo de la virtud. Cuando el Altísimo actúa en su interior, será este mismo autor del bien el que los otros verán y glorificarán en él.

Tanto en la Eucaristía como en el alma de los justos, adoramos a Dios oculto. Por eso, el himno eucarístico indicado más arriba concluye con una confiada súplica: «Jesús, a quien ahora veo oculto, te ruego que se cumpla lo que tanto ansío: que al mirar tu rostro cara a cara, sea yo feliz viendo tu gloria. Amén».✧

---

[1] SANTA TERESA DE LISIEUX. *The Poetry of Saint Thérèse of Lisieux*. Washington, DC: ICS, 1996, p. 286.

Nuno Moura

Santísimo Sacramento expuesto en la capilla de la casa de los Heraldos del Evangelio, Camarenilla (España)

João Paulo Rodrigues

Madre mía, cuando Jesús estaba en vuestro claustro, Vos hallabais numerosas cosas que decirle; ved, sin embargo, ¡qué miserias le digo yo en el momento en que lo recibo en la sagrada Eucaristía! Por eso os pido: Habladle por mí, Madre mía, y decidle todo lo que yo quisiera ser capaz de decir, pero no lo soy. Adoradlo como yo quisiera adorarlo; dadle la acción de gracias que yo quisiera darle; presentadle actos de reparación por mis pecados y por los del mundo entero, con un ardor de reparación que, desgraciadamente, no tengo.

Madre, pedid por mí y por todos los hombres todo lo que fuere necesario para que realicemos vuestra gloria; pues, Madre mía, lo que os pido más que nada es vuestra gloria, vuestro Reino. Amén.

Plinio Corrêa de Oliveira

Nuestra Señora del Clero
Iglesia de Santa Cecilia,
São Paulo (Brasil)